

LOIS ENRIQUE DELANO



4 meses

de guerra

civil en

Madrid

**EDITORIAL
PANORAMA**

**CLASIFICADOR A. 6
SANTIAGO DE CHILE**

LIBROS PUBLICADOS:

GERARDO SEGUEL

**HORIZONTE
DESPIERTO**

Poemas

PRECIO: \$ 3.—

MADRE ESPAÑA

**HOMENAJE DE LOS POETAS
CHILENOS: VICENTE HUIDO-
BRO, CARLOS PRENDEZ SAL-
DIAS, PABLO DE ROKHA, GE-
RARDO SEGUEL, WINETT DE
ROKHA, JULIO BARRENECHEA,
BLANCA LUZ BRUM, VOLODIA
TEITELBOIM, ROSAMEL DEL
VALLE, BRAULIO ARENAS,
HERNAN CAÑAS, ROBINSON
GAETE, JULIO MOLINA, EN-
RIQUE GOMEZ, EDUARDO AN-
GUITA, JUVENCIO VALLE, HE-
LIO RODRIGUEZ, EDUARDO
MOLINA Y PABLO NERUDA.**

PRECIO: \$ 4.—

LUIS ENRIQUE DÉLANO

**4 MESES DE
GUERRA CIVIL
EN MADRID**

PRECIO: \$ 8.—

Para Ramon
Silva Cast
endialme

L. E. De

CUATRO MESES DE GUERRA

CIVIL EN MADRID

1937

ES PROPIEDAD
Inscripción
N.º 5219

L U I S E N R I Q U E D É L A N O

C U A T R O M E S E S D E G U E R R A
C I V I L E N M A D R I D

E D I T O R I A L P A N O R A M A

1 9 3 7

OBRAS DEL AUTOR:

LA NIÑA DE LA PRISION, 1928.

LUCES EN LA ISLA, 1930.

LA EVASION, 1932.

VIAJE DE SUEÑO, 1935.

**CUATRO MESES DE GUERRA
CIVIL EN MADRID, 1937.**

PRÓLOGO ESCRITO EN EL MAR

En los momentos en que doy comienzo a la redacción de estos recuerdos empiezan a perderse en las sombras de la tarde las costas de España. ¡Adiós, España! ¡Salud, España! ¡Quién sabe hasta cuándo!

Hace sólo unas horas pasamos entre el Peñón de Gibraltar y la costa de Africa. Barcos de guerra y barcos mercantes se cruzaron con el "Virgilio", mostrando la bandera bicolor de la monarquía española. ¡Triste bandera! Hace cinco años el pueblo con un gesto airado la arrancó de la Península. Hoy los enemigos del pueblo han vuelto a hacerla flamear sobre ciudades, campos y mares.

Tuvimos también la visita de algunos aviones pertenecientes al ejército faccioso. Vigilan todo barco que cruza el Estrecho y si ese barco lleva una bandera amiga de la República española es detenido. Naturalmente, el nuestro, un buque italiano, ha navegado muy tranquilamente. Los pilotos, que volaban muy bajo sobre el transatlántico, saludaron con el brazo. Algunos pasajeros contestaron desde cubierta.

Y no ocurrió nada más. El barco siguió su derrotero; los aeroplanos volvieron a sus bases de Marruecos y la costa de la heroica España ha empezado a entrar en la sombra de la noche y el mar.

Antes de entrar en materia me gustaría hacer algunas advertencias al lector. No quiero defraudar a nadie, y, para eso, nada mejor que explicar de qué elementos se compone este libro y cuál es el espíritu que lo anima.

No se trata de una novela de la revolución española. Ciertamente que alguna vez he alentado el propósito de escribirla y no sé todavía si lo haré, con todo lo que he visto y hasta vivido de esta tragedia tan estúpidamente desatada. Para ello había comenzado a reunir material, a hacer pequeñas anotaciones, a esbozar un plan. Las circunstancias de la guerra me han obligado a abandonar todos mis apuntes en Madrid. El presente libro, en consecuencia, estará hecho a base de lo que ha registrado mi memoria durante los cuatro primeros meses de la guerra, que pasé en la capital española. Por fortuna tengo buena memoria y, además, lo que he visto me ha impresio-

nado de modo tan intenso, tan profundo, que me parece no lo olvidaré fácilmente.

La prensa mundial ha contado de diversos modos los acontecimientos de Madrid. He tenido ocasión de leer diarios franceses, italianos, portugueses, belgas, argentinos, venezolanos, panameños, peruanos y chilenos, y puedo afirmar categóricamente que un buen porcentaje de las informaciones aparecidas en ellos peca de exageración, de ingenuidad o de falsedad deliberada. Por lo demás, he conocido en España, y viajado en su compañía, a periodistas europeos enviados por sus diarios para informar sobre la guerra. Hasta he compartido con ellos ciertos peligros y he podido comprobar así la falta absoluta de seriedad y escrúpulos con que cumplían su cometido. De modo que no me extraña ni el tono, ni el espíritu, ni la mala ley periodística de esas versiones publicadas por la prensa mundial.

Ahora bien, estas crónicas mías aspiran, no a servir de desmentido, pero sí a descubrir, de un modo periodístico, la verdad de muchos hechos que he presenciado, que he vivido como un habitante más de Madrid. Me limito a relatar, sencillamente y sin literatura, mis cuatro meses en Madrid, desde el 18 de julio hasta fines de noviembre del año pasado. ¿Objetividad? Sí, toda la que he podido poner en el relato. No creo en la objetividad absoluta, ni siquiera tratándose de una máquina fotográfica.

No encontrará el lector—;no se lo espere!—ni tan sólo la sombra de una adhesión a la mala causa de los generales facciosos. Si esperaba esto es mejor que no penetre en las páginas que seguirán. Hallará, en cambio, la simpatía de un escritor libre a la justicia que representa la gesta del pueblo español agrupado en torno de su legítimo Gobierno. He dicho de un escritor libre, porque aunque siempre he vibrado con el latido del pueblo, al cual pertenezco, no estoy afiliado a ningún partido político. Quiero decir con esto que mi adhesión a la República española, sin estar condicionada, no pecará ni de ortodoxia, ni de sometimiento.

Creo que después de estas breves palabras, el lector sabrá a qué atenerse con respecto del espíritu que anima este libro.

Altamar, 10 de diciembre de 1936.

CAPITULO I

MADRID EL 18 DE JULIO.—EL CUARTEL DE LA MONTAÑA

Yo pienso con cierta nostalgia en los días de Madrid que precedieron a la guerra civil. No fueron ciertamente muchos esos días que me dan deseos de volver a vivir. Desde el 16 de Febrero hasta el 18 de Julio apenas habían transcurrido cinco meses, pero cinco meses de vida intensa, de euforia ciudadana, de apresurada reforma, de modos agitados de existencia. El Frente Popular había triunfado limpiamente, a pesar de la iglesia, a pesar del dinero, por el solo empuje de las masas ciudadanas, hastiadas ya de dos años negros.

¡Qué dos años! Extranjero en España, había llegado ya, por la fuerza de la cordialidad y la identidad en la vida, a sentirme un poco español y a mirar, por tanto, como mías, las desgracias de aquellos entre quienes me hallaba. Represiones brutales, absurdos políticos, escándalos administrativos y una cínica desvergüenza en el gobierno tenían alarmada a la España popular. A pesar de toda la sangre que ha corrido y está corriendo en la Península, el tiempo del bienio negro quedará en la historia, ¡y cómo no! en forma de una mancha sombría, que podría significarse por aquello que se ha llamado la represión de octubre, en un conjunto de crueldades sin denominación. ¡Colección brutal, que no sería posible hallar ni en la Alemania de Hitler, ni en la Austria de Dollfus, ni en la Venezuela de Gómez!

Cuando la fuerza de las circunstancias obligó al Presidente de España D. Niceto Alcalá Zamora—

"aquel que en vida sólo fue Niceto", según el decir del poeta Rafael Alberti— a disolver las Cortes negras y convocar a nuevas elecciones, era natural que el pueblo español, escarnecido y brutalizado, diera su entusiasmo y su voto al Frente Popular, que le ofrecía una vida mejor, a base de libertad y de ventajas económicas. El triunfo fué claro, evidente. Las derechas no protestaron de él justamente por esa fuerza de cosa natural que tuvo. Hubiera sido como protestar contra la lluvia o contra el viento. La actitud inicial de los vencidos había sido la de acatar aparentemente el triunfo del Frente Popular. Ya veremos, sin embargo, cual era el trabajo subterráneo que se hacía.

Días de agitación, he dicho, y debiera decir días de euforia, tomando en cuenta esa suerte de fiebre que se había apoderado de España. Leyes y decretos salían del Gobierno en apreciable cantidad para ir al Parlamento. Las cárceles abrían sus bocas para dar salida a treinta mil obreros, presos desde octubre de 1934. Cada día volvía a España una nueva libertad, de las que el bienio negro había conculcado. Por más intensa que era, no se piense que en esa labor del Gobierno y las Cortes había propósitos demagógicos o intenciones extremas. Nada más lejos que eso. En general, puede decirse que esa labor se limitaba a reponer en vigencia toda la legislación popular de España, aprobada por la República en sus primeros meses de vida y que el Gobierno Lerroux-Gil Robles había suprimido.

Pero había algo nuevo, algo desusado que flotaba en el ambiente. Se sentía soplar un aire de confianza, un grato viento de libertad, una entrega total de los ciudadanos al Gobierno que se habían dado. Existían sin embargo, algunas reservas que de vez en vez asomaban sus cabezas desconfiadas y venían estas de un sector del mismo Frente Popular que había asumido un papel de oposición muy interesante. No era éste precisamente la extrema izquierda del bloque, como pudiera creerse, es decir el Partido Comunista, sino una parte de los socialistas dirigida por Largo Caballero, Araquistain y Alvarez del Vayo, en oposición a la fracción mo-

derada, la de Indalecio Prieto, de los Ríos, Jiménez de Azúa, González Peña y Besteiro.

Alegres desfiles callejeros, grandes comicios públicos quebraban la tranquilidad callejera. La bandera roja del Partido Comunista dejó de ser una insignia clandestina para entrar en el tibio clima de la legalidad. El derecho de huelga renació y muchos miles de obreros relegados a la miseria pudieron presionar de este modo a sus patrones, buscando aumentos de salario y disminución de horas de trabajo.

Un período de vida fuerte, de presión, de lucha reinaba en España cuando el mes de julio llegó, henchido de tragedia. El día doce algunos jóvenes pertenecientes a la Falange Española, (1) siguiendo la táctica adoptada por este partido a partir del 16 de febrero, asesinaron a tiros a un teniente de la guardia de asalto, hombre a quien sus subordinados adoraban, por su marcado espíritu popular. Esos mismos guardias mataban el día 13, por vengar a su jefe, al diputado y jefe visible de las derechas españolas Calvo Sotelo. Ignorantes de lo que se gestaba en la sombra, estos vengadores habían suprimido al cabecilla de un vasto complot militar que contaba además con extensas ramificaciones internacionales.

El día 18 los periódicos de la tarde daban la primera alarma: el ejército de África se había levantado en armas contra la República española. Se afirmaba que la llama no había prendido aún en la Península, pero todos tuvimos una triste sonrisa de incredulidad.

Los periódicos proletarios pedían a gritos que se armara al pueblo, como la única forma de combatir la contrarrevolución que se alzaba en los cuarteles.

Tengo motivos para creer que esa misma tarde empezó el armamento de las masas ciudadanas. Aquella noche del sábado 18 estaba yo invitado a un match de lucha y cuando me dirigía en un taxi al Circo Price, fui detenido, frente a una organización proletaria, por

(1) Falange Española. Partido fascista español, dirigido por José Antonio Primo de Rivera, hijo del difunto dictador.

obreros armados de fusil y pistola. Iba conmigo un miembro de la U. G. T. (1) y gracias a su carnet pudimos seguir. El partido se había suspendido, pero en los cafés centrales se notaba una animación extraordinaria. Se comentaban los sucesos con fiebre, con pasión, y una ola de condenación general se extendía contra quienes querían cambiar la dirección que el pueblo había dado a la política de España. Nerviosos altavoces iban comunicando cada media hora los partes del Gobierno. Me recogí muy tarde esa noche. Patrullas de obreros armados custodiaban las calles, allanando a los transeúntes para comprobar que no llevaban armas. A mi me bastaba señalar mi condición de extranjero para que me dejaran pasar libre de todo registro y de toda molestia.

Al día siguiente, domingo 19, se extremó la comprobación de la identidad de la gente que transitaba por las calles. Jóvenes y muchachas de las organizaciones políticas juveniles subían a los tranvías y a los autobuses a pedir los documentos. En las terrazas de los cafés ocurría algo parecido. Una especie de fiebre revolucionaria comenzaba a apoderarse de Madrid.

Y llegó el lunes 20 de julio, que marca una jornada memorable, de fundamental importancia en la guerra civil española. Hay quienes dicen tener el sueño tan pesado que no se despiertan ni a cañonazos. Yo no llego ciertamente a ese extremo: a cañonazos fué como desperté el 20 de julio. Ya a las 7 el trueno cubría el aire pácifico de la mañana. Respondían las ametralladoras y luego el motor de un avión zumbaba precediendo al estampido de las bombas que dejaba caer. Después de escuchar durante dos o tres horas el intenso cañoneo, me vestí y fuí a oír la radio de un vecino: el Gobierno anunciaba la victoria de las fuerzas obreras sobre la facción. El pueblo de Madrid, alzado en armas

(1) Unión General de Trabajadores. Institución sindical que comprende a la mayoría de los obreros socialistas y comunistas. Era su secretario general, hasta que fué llamado al Gobierno, el líder socialista Francisco Largo Caballero.

contra los militares traidores, acababa de tomarse el Cuartel de la Montaña, a fuerza de fé, de valor, sin más armas que unos fusiles, un viejo cañón de escasa potencia manejado por un teniente de guardias y un pequeño avión, rápidamente acondicionado para el bombardeo. Tres regimientos bien pertrechados, mandados por un general faccioso, se entregaban a las fuerzas sin orden, sin mando, surgidas de la entraña popular. (Más adelante veremos cuál ha sido el factor que ha permitido al proletariado español resistir y hasta vencer, hallándose en una penosa inferioridad de armamento. Hay un elemento psicológico, que ya será estudiado con el tiempo, que tiene una enorme importancia en esta lucha y que andando estas impresiones trataremos de definir).

La batalla no ha sido fácil de ganar, sin embargo. El Cuartel de la Montaña, verdadera fortaleza situada en el contorno de Madrid donde vivo, ocupa varias manzanas y está rodeado de gruesos muros. Adentro hay elementos para sostener un largo sitio. ¿Qué ha faltado entonces? Ha faltado el material humano. Un asedio completo se ha producido. Millares de obreros rodean el Cuartel. Por dos veces es izada en la Montaña la bandera blanca, pero cuando los sitiadores se aproximan son recibidos con fuego de ametralladoras. Pero todo tiene su fin y el tibio valor del general Fanjul se ha agotado. Los soldados no quieren combatir, porque saben que entre los civiles que hay afuera están sus padres, sus hermanos. Por tercera vez flamea la bandera blanca pero ahora las puertas se abren y el pueblo entra en el misterio del Cuartel. ¿Qué ocurre dentro?

Céntenares de soldados se precipitan hacia ellos, temblando, llorando. No quieren pelear. Se les ha obligado por los oficiales a disparar. Se escuchan detonaciones aisladas. Son capitanes que se levantan la tapa de los sesos. Entre un obrero y un guardia de asalto sale, pálido, tembloroso, ligeramente herido, el general Fanjul, que ha preferido entregarse, y que más tarde, al ser juzgado por el Tribunal Popular fingirá ignorancia de lo

que hacía, infantil inocencia con respecto de la rebelión.

Cuando salí a la calle, un espectáculo impresionante se presentó ante mis ojos. Era la primera vez que veía un pueblo espontáneamente armado para defender su libertad. ¿Revolución francesa? ¿Revolución rusa? No, revolución española, simplemente. Pasaban camiones ocupados por gente armada. Obreros vestidos de mono, (1) con el fusil terciado a la espalda y un casco metálico, de color verde oscuro en la cabeza. Caras alegres, expresiones de triunfo, canciones revolucionarias. La gente, agolpada en las calles, los aplaudía con frenético entusiasmo o los saludaba levantando el puño. Soldados, guardias y trabajadores fraternizaban en los automóviles o sobre los camiones. Por las calles sólo había gritos, aplausos, canciones y rumor de motores. Era un desfile veloz y constante de gente armada. Viejecitas con una cesta llena de verduras al brazo gritaban con sus débiles voces. Un anciano, en la puerta de una taberna, decía:

—Si mi padre fuera fascista, ¡a mi padre lo mataba!

Pasa un camión lleno de muchachos. Van algunos niños de 15 años que han intervenido en la lucha.

—¡Salud! ¡Salud, camaradas! . . .

— . . . los hemos vencido a los canallas . . .

—Ya no hay fascistas en el Cuartel de la Montaña . . .

—¡Salud, camarada!

Y un camión más, y otro, y otro, y otro más, con improvisados soldados. Desciende un dependiente de taberna, armado de fusil. Es el muchacho a quien le compro el vino, junto a mi casa. (¿Dónde estará ahora?).

—¡Salud, camarada!

—¡Salud, Vicente! Aguárdate un momento. Cuéntanos algo.

Está agitado. La noche en vela, la barba que comienza a oscurecerle el mentón.

(1) Over-all, buzo.

—Nada, que los hemos copado. Anoche recibí la orden de ir al local de las Juventudes (1) y a las cuatro de la mañana avanzamos a rodear el cuartel de la Montaña. Eramos muchos camaradas, pero muy pocos teníamos armas. Yo no llevaba más que esta simple pistola. Hemos estado toda la mañana esperando que se rindieran, para evitar que corriera la sangre, pero dispuestos a todo. Nuestros cañones estaban en la Plaza España apuntando hacia el Cuartel. Cuando dieron la orden de hacer fuego... ¡pummm! casi nos quedamos sordos. Un cañonazo que se las trae, ¿sabe? Y luego empezó el cañoneo en regla. El avión tiraba cada bombazo... Los chicos tenían grandes deseos de lanzarse para ajustarles las cuentas a los oficiales y a los señoritos fascistas...

—¿Los de Falange Española?

—Sí, ayer el general Fanjul hizo entrar a 180 fascistas y los vistió de soldados. Son los únicos que dispararon contra nosotros. Los soldados verdaderos, amenazados de muerte y eso, no querían disparar. Hasta que se rindieron... Entonces nos lanzamos. Unos camaradas detuvieron a Fanjul y apresaron a unos cuantos oficiales. Los falangistas en cambio, comenzaron a disparar y hubo que dispararles. ¡Mi madre! Vaya unos tíos sin sentido común.

—¿Y cómo fué que os armásteis?

—Un camarada entró por una ventana en la sala de armas y salió con un fusil en cada mano. Todos fuimos haciendo lo propio. Después se depositaron las armas en un patio del Cuartel y fueron distribuidas a los compañeros.

—¿Ha habido heridos, Vicente?

—Muy pocos para lo que hemos hecho. La batalla se ganó bien. Ahora tendremos que lanzarnos contra otros cuarteles cercanos que están sublevados. Me voy a comer para volver al local de las Juventudes. ¡Salud!

(1) Se llama simplemente Juventudes a las Juventudes Socialistas Unificadas (socialistas y comunistas).

—¡Salud, Vicente, y buena suerte!

Entre tanto un paqueo (1) horrendo había comenzado en todas las calles de Madrid. Emboscados en las terrazas o en los pisos superiores de las casas, los enemigos de la República disparaban contra los improvisados soldados. El paqueo no tiene tanta importancia militar como psicológica. Produce escasas víctimas, pero siembra la alarma, la confusión y el terror en las calles y en los barrios. Dispara el emboscado contra el que está abajo, en la calle, y éste, en la desesperación que le produce el no saber de dónde sale el disparo que lo busca, hace sus descargas al aire. Los disparos se multiplican, se comunican de una calle a otra, se extienden en el viento y en pocos minutos el barrio hierve de detonaciones sin número. Cuando se produce un paqueo es peligroso andar por las calles. La gente se retira a los portales y asoma temerosamente la cabeza...

Como un relámpago de pólvora se había extendido el paqueo por mi calle y aquel mediodía debí caminar hacia mi casa entre las balas de arriba y las balas de abajo. Los transeuntes eran registrados escrupulosamente por los grupos armados.

—¿Lleva usted documentos, camarada?

—Sí. Soy extranjero.

—Entonces, nada. Siga usted. No lleva armas, ¿verdad?

—Ninguna.

Y seguí mi camino entre la inquietud, las balas, la incertidumbre.

(1) Paqueo, el acto de disparar ocultamente, desde una terraza o desde cualquier sitio más o menos emboscado. El que dispara se llama paco.

CAPITULO II

LOS PRIMEROS DIAS DE GUERRA CIVIL.— LAS MILICIAS DE LA REPUBLICA

Naturalmente había que estarse al pié de la radio, que era la única fuente de información que por el momento existía. Por la radio conocí las primeras noticias. Ya el Gobierno no hablaba con el optimismo de los primeros instantes sobre la fidelidad de las guarniciones militares de la Península. Sabía que el ejército se había sublevado, no sólo en el Protectorado de Africa, sino también en muchas ciudades importantes de la República. En Barcelona el pueblo luchaba en las calles contra los militares facciosos. En Burgos, en Salamanca, en Sevilla, en Granada, en Oviedo, en San Sebastián. . .

En Madrid los obreros vencedores de la Montaña habían sido trasladados a otros cuarteles de cuya fidelidad se dudaba con justa razón. El Gobierno comenzaba a prever que esta vez la intentona fascistoide y derechista iba en serio, que no se trataba de la militarada tradicional, del golpecito más o menos abortado, sino de un movimiento muy amplio, enormemente ramificado y poderoso, con un destino claro: el de acabar con la República, ahora que la República, echando por la borda a los Lerroux y los Gil Robles, se decidía a volver por sus fueros. Se comenzó por dar aquella misma tarde del 20 de Julio un golpe de fondo, a la vez que de efecto en el ánimo de las masas populares: la incautación por el Estado de los diarios derechistas, para entregarlos a los partidos de izquierda, integrantes del

Frente Popular. El "A. B. C.", con una larga tradición alfonsina, pasó a ser — ¡milagro de las revoluciones! — periódico republicano. El "Siglo Futuro", que ostentaba el lema de "Dios, Patria y Rey", se convirtió en "C. N. T.", órgano de la Confederación General de Trabajadores, es decir, la entidad gremial de los obreros ácratas, afectos a la F. A. I. (1).

"Mundo Obrero", órgano oficial del Partido Comunista Español, pasó a imprimirse en la magnífica imprenta de "El Debate", el diario de la C.E.D.A., (2) la célebre entidad creada por Gil Robles. "Informaciones", y perdonadme que insista en los detalles, pero me interesan especialmente porque soy periodista, diario por mucho tiempo al servicio de Juan March, el contrabandista mallorquino, y que dirigía un plumario para nuestra desgracia nacido en Chile y de quien más adelante tendré ocasión de hablar, pasó a ser el órgano de la fracción moderada del Partido Socialista.

Aquella tarde fué de intensa agitación. No cesaron los disparos ni en mi barrio, el populoso barrio de Argüelles, ni en todo Madrid. Había muchos emboscados, muchos derechistas entregados al paqueo. Las primeras noticias tenían un gran significado hasta para el más lerdo. Desde luego, las figuras más importantes de las derechas habían huído al extranjero, dos o tres días antes de estallar el movimiento subversivo: Lerroux pasó a Portugal con escolta de la policía española; Gil Robles a Francia, donde lo esperaba su compadre March; Alcalá Zamora a Alemania y países nórdicos; la viuda de Calvo Sotelo a Portugal; los directores de los periódicos, las familias de los generales, muchos miembros de la nobleza española y una gran cantidad de personas más se habían puesto a buen recaudo en el extranjero días antes de que estallara la rebelión. Como se vé, no se trataba, pues, de un movimiento esporádico, como han pretendido algunos, surgido por la

(1) Federación Anarquista Ibérica.

(2) Confederación Española de Derechas Autónomas.

indignación que causó entre las derechas la muerte de Calvo Sotelo, sino de un complot anterior que, eso sí, debió adelantarse con motivo de ese hecho.

Por la tarde se captó un radio dirigido por el general Franco al banquero Juan March, personaje fatídico, dueño un tiempo de todas las finanzas españolas, en el cual el cabecilla militar le pedía que enviara nuevas remesas de fondos para hacer frente a la rebelión. March. Triste figura de aventurero internacional, de bolsista acostumbrado a arruinar ciudades, a condenar poblaciones al hambre. Se ha escrito un libro sobre él, "El último pirata del Mediterráneo", cuya circulación fué prohibida por el gobierno de Lerroux-Gil Robles. Maura, político republicano conservador, ya lo había advertido: "Si la República no acaba con March, March acabará con la República".

En Madrid, las calles hervían. En la Puerta del Sol se concentraba una muchedumbre inmensa pidiendo armas, armas, armas para combatir a los facciosos. El Gobierno había cambiado. Renunciado Casares Quiroga, por causas que los profanos ignoramos, le sucedió un efímero gabinete, que duró cuatro horas, presidido por Martínez Barrio, quien, a su vez, entregó la presidencia del Consejo de Ministros a un farmacéutico perteneciente a Izquierda Republicana, Giral, que se había destacado por la claridad de sus ideas y la rapidez de su acción, como Ministro de Marina del Gabinete Casares Quiroga.

Inmediatamente cambió el tono, como si dijéramos, del Ministerio. A pesar de que los partidos proletarios no estaban comprendidos en él porque no lo deseaban, en esta nueva combinación ministerial, el Gobierno tomó un tinte marcadamente ejecutivo. En las notas que el Ministerio de la Gobernación transmitía por radio cada cierto tiempo, noté que aparecían palabras y fórmulas pertenecientes de hecho a la fraseología proletaria, como: "El Gobierno combatirá al fascismo entronizado en España", o "luchamos contra la reacción y el fascismo" etc.

Al oscurecer arreció el paqueo. Los disparos llena-

ban la noche, poniendo una atmósfera de pavor. Como con las ventanas oscuras era imposible localizar el sitio en que se ocultaban los emboscados fascistas, se dió orden a todos los vecinos de la capital de permanecer la noche entera con todas las luces encendidas y las ventanas abiertas. Se duplicó la vigilancia de los obreros armados, y donde se sabía con certeza que habitaban monárquicos confesados hubo registros domiciliarios. Se encontraron armas y a veces armas con huellas de haber sido recién usadas. Sus poseedores pagaron con la vida.

Además de los disparos de pistolas y de fusiles había cañoneo lejano. ¿Qué ocurrirá?, nos preguntábamos inquietos. Y nos respondía la radio con nuevas informaciones. Así íbamos sabiendo las cosas: la U. G. T. ha declarado le huelga general para todas las ciudades donde dominen los generales facciosos... Sanjurjo, que se embarcó para España a dirigir la rebelión, ha muerto carbonizado en un accidente de aviación. (Dios castiga, pero no a palos, dijo una vecina). El Gobierno recibe innúmeras adhesiones, con motivo de la rebelión militar... Se ha destituido a varios empleados del Ministerio de la Guerra, que estaban de acuerdo con los generales rebeldes... En Barcelona las fuerzas del pueblo han vencido, después de una lucha tremenda en las calles, una lucha que ha durado más de 48 horas, al ejército sublevado... El pueblo acude en masa a enrolarse en el ejército popular que se está creando para ir a la Sierra de Guadarrama a combatir a las tropas rebeldes, que vienen desde Avila y Segovia... En España entera el proletariado se ha levantado y se ha puesto al lado de su Gobierno en la lucha sin cuartel que se ha entablado...

Y las noticias seguían en ese tono de optimismo. Todos creíamos que la rebelión sería vencida en pocos días, que el esfuerzo que estaba realizando el pueblo español produciría frutos inmediatos. Estábamos muy lejos de poder medir, entonces, la magnitud de la rebelión militar. No teníamos, en realidad, los elementos necesarios para hacerlo.

Me encontré al día siguiente, en la calle, con un

chileno que venía sofocado, indignado, rojo de ira.

—¡Qué le parece, hombre! me dijo. —Imagínese que estas bestias que andan sueltas en la calle me han detenido...

—¿Se refiere a los milicianos?

—Sí, a esos brutos con mono azul, que andan con fusiles...

—¿Y dónde lo han detenido?

—En la calle. Me han hecho mostrarles los documentos...

—¡Hombre! ¡Qué cosa más terrible! ¡Horror de horrores! ¿De modo que lo han hecho mostrar sus documentos?

Comprendió que su indignación me hacía gracia.

—A usted le parece que está bien hecho ¿verdad?

—No lo sé, le dije—pero si es una medida general, no se me ocurre que haya una razón especial para exceptuarlo a usted...

—Pero es que yo soy chileno...

—Naturalmente, pero como ellos, esas bestias, como usted dice, no son adivinos, tienen que pedirle sus documentos para comprobar que usted es chileno... ¿Le han hecho algo más?

—No, nada más. Pero de todos modos iré a reclamar a la Embajada de Chile...

—Vaya, hombre, vaya... ¡Tamaño desacato!

—Es que no hay derecho, terminó, para armar a esa gente. En Chile no harían algo así...

—Claro que no. Por eso en Chile son posibles los golpes militares, los cambios fulminantes de presidentes...

—¡Vaya! Veo que está usted convertido en... No sabía que fuera usted comunista...

—No lo soy...

—¡Cómo! Aprueba usted el atropello de que he sido víctima y dice que... En Chile...

—¡Calle!, le he contestado con cierta brusquedad, —y guárdese su orgullo para mejor ocasión. España está viviendo momentos de alteración causados por el

egoismo de cierta gente. Sométase al tono de las cosas o mándese cambiar. Todo lo demás es una estupidez.

Y le di vuelta la espalda.

Entretanto seguía el tiroteo en Madrid. De pronto, en una calle, en un tranvía, había que echarse al suelo para escapar de las balas, que cruzaban el aire velozmente. Un músico chileno que vive y trabaja en Madrid, Acario Cotapos, me contaba que yendo en un tranvía, sintió de pronto que el cobrador lo cogía por el cuello y lo proyectaba contra el suelo. Iba a protestar cuando un temporal de disparos se dejó sentir y los cristales de las ventanillas saltaron, rotos en mil pedazos. También desde ciertos barrios se escuchaban ruidos de cañón y explosiones. Eran las tropas improvisadas de la República que habían iniciado la reconquista de los pueblecillos cercanos a Madrid, que los militares habían tomado por sorpresa, después de apresar y matar a los dirigentes obreros más destacados.

Vibrantes de emoción, los periódicos salían cada mañana y cada tarde llenos de noticias y fotografías que alentaban a los tímidos y daban valor a los pusilánimes. Los primeros hechos de guerra se estaban produciendo en la Sierra de Guadarrama, donde las milicias del pueblo se enfrentaban con las tropas en rebelión. El entusiasmo había prendido también en las mujeres, y por aquellos días los frentes de batalla vieron a muchachas que, vestidas de hombre, se batían también como hombres; otras se alistaban en la Cruz Roja o se ofrecían a las autoridades para trabajar en menesteres exigidos por la guerra. Posteriormente hubo una reacción contra las niñas que vestían mono, luciendo así sus formas espléndidamente. Una tarde, en un café oí a un miliciano que protestaba contra una muchacha vestida de hombre.

—Es que no hay derecho para que vengan a mover así la cintura, decía.—Las mujeres en la casa o en la fábrica, pero que no anden excitando así.

Las milicias populares se habían agrupado más o menos desordenadamente en batallones, regimientos y columnas, constituidos por las diversas organizaciones

políticas. Así por ejemplo había el batallón Azaña y el batallón Balas Rojas, formados por miembros de las Juventudes de Izquierda Republicana; el batallón Pablo Iglesias, el batallón Largo Caballero y el batallón Margarita Nelken, de los socialistas; el batallón Carlos Marx, el batallón Stalin y el batallón Pasionaria, de los comunistas; la columna Durruti de los anarquistas, etc., etc. Pero pecaban de falta de disciplina, de ausencia absoluta de organización militar. El español es un individualista ingénito, a todo trance, y así se explica que mientras las acciones militares propiamente dichas de los primeros días de la guerra no fueron todo lo magníficas que se hubiera podido esperar dado el entusiasmo de los milicianos. Hubo en cambio acciones individuales sencillamente increíbles. En las calles de Barcelona los anarquistas se tomaban a mano, sin ninguna arma, piezas de artillería. Francisco Galán, jefe de una columna comunista y hermano del capitán Galán fusilado en Jaca por la monarquía, se tomó, él solo, un nido de ametralladoras. Hechos heroicos de esta naturaleza individual podrían contarse por centenares.

Ha dicho que el improvisado ejército pecaba por falta de disciplina. Era así como a cada momento llegaban de la sierra camionetas cargadas de hombres, que después de combatir durante tres o cuatro días, volvían a descansar a Madrid, para regresar otra vez, cuando querían, al frente. Todo ello con el mayor desorden. La organización no andaba en razón directa con la buena voluntad del pueblo.

Otro aspecto de la vida militar en que se revelaba esta ausencia de sentido disciplinario era el del ascenso de los oficiales. Desentendiéndose del Ministerio de la Guerra, no mirando sino sus simpatías ante el valor y la audacia de los hombres, los milicianos concedían grados a sus oficiales. Al coronel Mangada, por ejemplo, un militar de espíritu revolucionario, que el día 18 de julio se puso a las órdenes del Gobierno y que mandaba una heroica columna, lo ascendieron a general. A Galán, de teniente que era, lo ascendieron también a general. Na-

turalmente, y por mucho que el Gobierno reconociera la buena intención y el sentido democrático de las milicias no podía sancionar estos ascensos ingenuos. Y no los sancionó.

A fines de julio se sabía que las fuerzas españolas en lucha eran más o menos las siguientes: por un lado los rebeldes con parte del ejército, la casi totalidad de la oficialidad, y voluntarios de Falange Española, Ceda, Renovación Española, Carlistas y Requetés, sin contar los moros y la Legión Extranjera. Por el otro, el Gobierno con escasísimos contingentes militares, una mínima parte de la Guardia Civil, una parte de la Guardia de Asalto y voluntarios de los Partidos Socialista, Comunista, Sindicalista, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Catalana, Nacionalistas vascos, FAI y CNT. La colaboración de estos últimos, los anarquistas españoles, estuvo en un principio controlada, limitada.

El anarquista español es un hombre muy curioso, que al idealismo desenfrenado de sus teorías une un realismo también exagerado en lo que pudiéramos llamar su técnica de combate. Yo pienso en los lejanos días de la I. W. W., en el movimiento romántico de los estudiantes chilenos, el año 20, y no puedo olvidarme de que los anarquistas de entonces son los hombres de más pura condición moral que he conocido: Manuel Rojas, González Vera, Juan Gandulfo, Germán Baltra. . . La revolución rusa y el florecimiento posterior de la U.R.S.S. han desgrosado a lo largo del mundo las filas anarquistas, en proporción muy apreciable. El anarquismo, al lado de cualquiera otra teoría social resulta una letra a largo plazo y de un feroz individualismo. Supongo que en todas partes los anarquistas tienden a disminuir. Los jóvenes, cuando les llega la hora de escoger partido político vuelven su vista al socialismo o al comunismo. Los hijos de anarquistas siguen el camino de sus padres. Pero en la España proletaria ha habido siempre dos grandes organizaciones sindicales: la Unión General de Trabajadores (U. G. T.) entidad gremial de los partidos Socialista y Comunista, y la Confederación de Traba-

jadores (C. N. T.), entidad gremial de la F. A. I. Durante el período de gobierno del Frente Popular, es decir entre el 16 de Febrero y el 18 de Julio, se exigía a todo español que quisiera trabajar en cualquiera profesión u oficio que estuviera inscrito en alguna de estas instituciones sindicales. La U.G.T. acostumbraba a controlar a quienes querían ingresar en ella, a investigar sus antecedentes políticos, etc. La C. N. T. por el contrario, como institución apolítica que es (ya sabemos que los anarquistas no votan y se resisten a sostener toda relación con la política) admitía a extranjeros, a gente sin antecedentes ciudadanos, sin preguntarles nada, y, por una cuota mínima, les otorgaba un carnet que les abría las puertas del trabajo y les proporcionaba muchas ventajas en el orden social (atención médica gratuita, etc.). De este modo y gracias a esa falta de control un gran número de personas de tendencia derechista o simplemente indiferentes ha logrado enrolarse en las filas cenetistas, abultar las listas de asociados, hacer cobrar por el número a la C. N. T. una importancia desmesurada. (1).

Así como el Partido Comunista, al comenzar la guerra civil hizo una solemne declaración afirmando que la realidad de las circunstancias lo obligaba a renunciar a toda aspiración inmediata en el orden político, para prestar una colaboración completamente desinteresada al Gobierno sin otro propósito que el de ganar la guerra y aplastar al fascismo, así también la C.N.T. regateó su ayuda. Ya sabemos cómo son de firmes las

(1) El caso del Dr. Gregorio Marañón puede aclarar las cosas. Cuando se produjo la revolución se extremó este sentido sindical en el trabajo. Ni los profesionales de fama pudieron ya ejercer sus labores sin estar sindicados. El Dr. Marañón, republicano tímido y conservador, se inscribió en la C.N.T., tal vez para no adquirir el compromiso político que le habría creado su afiliación a la U.G.T., que, como repito, tiene un marcado acento marxista. Personalmente conocí a gentes que pertenecían, antes del triunfo del Frente Popular, a la CEDA., el partido de Gil Robles, y que, para poder continuar trabajando, debieron sindicarse. Lo hicieron en la C.N.T. también, lo que, evidentemente, ha dado a esta entidad obrera cierta heterogeneidad política y un número considerable de afiliados.

tendencias apolíticas de los anarquistas. Su horror no ya a un Gobierno de plenos poderes, como iba a ser el del Frente Popular, sino a cualquier Gobierno, es clásico. La C. N. T. vacilaba pues, regateaba, por un sentimiento muy explicable en gentes de tales principios, su adhesión. En el correr del relato verá el lector como obraba la C. N. T. ante ciertas situaciones, en los primeros meses de la lucha armada contra el fascismo.

CAPITULO III

EL PERIODO DE LAS INCAUTACIONES

La actividad bélica de los antirrepublicanos ocultos en Madrid había dado origen a una búsqueda tenaz de estas gentes por parte de los milicianos. Cada día, en cada calle de la capital se operaban centenares de registros, fructuosos algunos, inútiles los otros. Se hallaban emisoras de radio clandestinas, bombas de mano, fusiles ocultos, correspondencia que demostraba el acuerdo entre sus propietarios y ciertos personajes sospechosos del lado derecho de las barricadas. O bien no se hallaba nada. Las cárceles comenzaron a llenarse de gente y en los campos cercanos a Madrid hubo fusilamientos de fascistas por las masas proletarias. Sacerdotes, catédricos, empleados de la administración pública, periodistas, oficiales del ejército, militares en retiro pasaron a reemplazar, en muchos establecimientos penales, a los reos comunes.

Las iglesias, donde se habían refugiado los enemigos del régimen, eran verdaderas fortalezas. Curas y falangistas, monárquicos y cedistas sostenían largos combates contra las milicias republicanas, que desde la calle mantenían el asedio. Naturalmente los sitiados terminaban por rendirse, cuando se les agotaban las municiones y los alimentos. Varias iglesias fueron quemadas por las masas, pero muchas de ellas se convirtieron en hospitales de sangre, para los heridos que venían de la Sierra, en cuarteles, en asilos o en comedores populares. Una tarde entré en una. Reinaba una extraordinaria animación. En el medio de una nave se había

constituído una especie de despacho, donde algunos muchachos de las Juventudes atendían peticiones de alimentos, a la vez que despachaban asuntos políticos y de guerra. En los altares no había ornamentación. Todos los elementos litúrgicos habían desaparecido. Iba yo acompañado de un amigo, que solicitó dos vales de comida y luego nos fuimos a cenar en un restaurante de la Carrera de San Jerónimo. Ayer este era un sitio de reunión de señoritos y gente bien, de "carcas", como llama el pueblo madrileño a los ricachones derechistas. Ahora las mesas están ocupadas por milicianos armados, por familias proletarias. No se nota diferencia alguna. El ambiente de limpieza, de corrección, de sobriedad, es el mismo. Después de un enorme trozo de tortilla a la española y un filete de vaca con patatas fritas, hemos salido a la calle. Pasan automóviles con gente armada, tranvías llenos, motocicletas oscuras, como relámpagos de sombra en medio de la luz. Sobre algunas iglesias flamea la bandera roja. En la Puerta del Sol se agolpa un público enorme, que espera noticias.

Todos los automóviles de Madrid, particulares y públicos, habían sido requisados por el Estado, para los servicios de la guerra. Algunas marquesas y condesas lograron poner los suyos a salvo, entregándolos a embajadas y legaciones extranjeras, las cuales inmediatamente los dotaban de banderas e insignias del Cuerpo Diplomático, etc. Con un sentido social muy interesante, el Gobierno había entregado a las organizaciones políticas, para los fines de la guerra, sólo los coches particulares. Los taxis fueron guardados para usarlos nada más que en casos extremos.

También había comenzado el período de las incautaciones y todo esto se hacía con cierto desorden. Por su parte, el Gobierno se incautó de todas las industrias abandonadas por sus propietarios y entregó su explotación a los elementos obreros que trabajaban en ellas. Nunca el café "Acuarium", (1) por ejemplo, estuvo mejor atendido que en esos días. Muchos edificios pertene-

(1) Un café elegante de la calle Alcalá.

cientes a personajes de la nobleza fueron incautados por el Gobierno. Así el palacio del Duque de Alba, último y decaído vástago de una casa ilustre y famosa en España.

Era el palacio de Liria un verdadero museo de cuadros, de tapices, de joyas, de libros. Durante muchos años sólo había estado abierto a la curiosidad de uno que otro diplomático extranjero, de uno que otro visitante. Había allí obras maestras de pintura y de escultura que habrían enriquecido cualquier museo de Europa y que nadie veía, sino los criados del propietario, puesto que éste reside en el extranjero. Había ediciones antiguas y manuscritos preciosos, que la Biblióteca Nacional no poseía. . . . Todo ello entre el polvo y la humedad de un palacio vacío. El Gobierno, como digo, se incautó del palacio de Liria y lo entregó a la custodia de las Juventudes. Nunca estuvo mejor guardado. Nunca esos tesoros adquirieron mayor valor que durante esos días en que el pueblo entraba a verlos, y los admiraba con silencioso respeto. Hoy el palacio ha sido destruído por los aviones al servicio del general Franco. "O mío o de nadie", parece ser que ha dicho el Duque de Alba, representante de los generales en Londres. Y ha salido con la suya, como podéis ver. Ya de los cuadros, de los libros, de las joyas, de los tapices, nada queda, sino un montón de escombros. Las bombas facciosas cayeron con matemática precisión sobre esa casa espléndida.

Por su parte, las organizaciones políticas del Frente Popular habían empezado a incautarse de muchos edificios para instalar sus oficinas o para situar en ellos organismos propios de la guerra. El Casino de Madrid, palacio donde se concentraban el ocio y el señoritismo madrileño, fué convertido en hospital de sangre por Izquierda Republicana. Las mujeres de sus afiliados curaban allí a los enfermos con abnegación verdadera, no de relumbrón; como verdaderas enfermeras de guerra, no para salir fotografiadas en los periódicos. La señora de Azaña, la de Casares Quiroga, trabajaban allí diariamente, casi ocultas, sin que se supiera siquiera sus nombres.

Todos los partidos, todas las organizaciones se

instalaron en locales amplios, magníficos, que antes de la revolución no podían pagarse y por uno de esos azares de la vida. el Partido Comunista fué a parar a la casa que había ocupado la CEDA. José Díaz, su secretario general, apareció un día sentado en el mismo despacho que antes había ocupado el líder de las derechas, Gil Robles. Todos los palacios con jardín fueron habilitados para guarderías infantiles. Allí se llevó a los huérfanos, a los hijos de combatientes, a todos los niños sin hogar, y se les dió aire, sol, luz, comida, juego, enseñanza. Victoria Kent desempeñó un importante papel en la organización de las guarderías.

Las incautaciones revelaron cosas verdaderamente increíbles. Me conta, por lo que ví, que el propietario de una casa donde se instaló la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, cierto marqués cuyo nombre no merece la pena, tenía en su guardarropa las siguientes y astronómicas cantidades: 1200 camisas, 600 pares de zapatos, 450 trajes, etc. Hubo entre los escritores un gesto de asombro, de incredulidad. Porque, por mucho refinamiento que se tenga en el vestir, ¿quién puede necesitar 1200 camisas? Toda esa ropa fué entregada al Socorro Rojo Internacional, que la repartió entre los obreros necesitados y los combatientes. Se hallaron también barras de oro, que fueron inmediatamente llevadas al Banco de España.

Durante los registros efectuados en los conventos de monjas y frailes se hallaron, asimismo, cantidades fabulosas de dinero. En una sola de sus casas de Madrid, las Hermanitas de los Pobres tenían 27 millones de pesetas en billetes... Los pobres... Las Hermanitas... En España no se dice ya de un millonario "es tan rico como Juan March", sino "tiene casi tanto como las Hermanitas de los Pobres"... Pero en fin, ¿a qué seguir? Es un hecho comprobado que la Iglesia era la entidad más rica de la Península. Y nada más.

Un hallazgo interesante en un convento de frailes fué el diario secreto de un sacerdote, profesor en cierto colegio congregacionista. Todos los sentimientos, todas las reacciones, todas las pasiones estaban expresadas en

ese cuaderno, al desnudo, sin literatura. Se podía distinguir una lucha tenaz entre la voluntad de ese hombre y sus inclinaciones sentimentales hacia algunos de sus discípulos. Documento humano notable, los intelectuales de la Alianza no quisieron, con noble comprensión, entregarlo a la publicidad. André Gide hubiera desarrollado magníficamente esos apuntes del fraile desconocido defendiéndose de la tentación, huyendo de la carne que lo llamaba.

Las incautaciones se hacían con verdadero furor. En cada calle de Madrid se veían letreros así: "Incautado por el Partido Comunista", "Incautado por la C. N. T.", "Incautado por Izquierda Republicana", "Incautado por el Socorro Rojo Internacional", etc., etc.

Algunos grupos apolíticos no se limitaron a requisar el local y las maquinarias de un periódico y varios edificios para sus organizaciones, sino que pronto llegaron al hecho abusivo de apoderarse de las casas de renta, y cobrar el alquiler, a fines de mes, como podría haberlo hecho cualquier casero. El Gobierno luchó mucho por poner fin a estos abusos y no lo consiguió hasta algún tiempo después.

En cada edificio incautado, las organizaciones ponían guardias armadas, para su custodia y su defensa. Me contaban que al hacerse la primera guardia en la Casa de la Cultura, como se llamó al local de la Alianza de Intelectuales, a un joven y angelical poeta a quien se había encargado ejercer la vigilancia durante la primera noche, se le escapó un tiro de fusil, que fué a herir a la portera de la casa. Esta se levantó dando gritos horribles:

— ¡Ay, ay, ay! ¡Que me han matado! . . . ¡Ay, ay, ay . . .

— Pero señora . . .

— Me han matado . . . Ay, ay, ay . . .

— Pero diga donde la han herido, señora . . .

— Ay, ay, ay . . .

Era muy difícil hacerla hablar. Se negaba rotundamente a decir donde se había alojado la bala. Pero

como se llevara repetidas veces la mano al trasero, alguien le dijo:

—¿Es ahí?...

—Sí, sí, me han herido. ¡Ay, ay, ay!...

—Entonces no importa... No tiene gravedad...

La mujer se enfureció y se abalanzó chillando sobre el poeta, que a duras penas pudo salvar la integridad de su persona. Fué la última vez que mi angelical amigo cogió un fusil.

CAPITULO IV

LOS PRIMEROS BOMBARDEOS.—ACTOS DE LOS DEFENSORES DE LA CIVILIZACION

Los paqueos habían ido declinando. Por las noches todavía solía escucharse el inquietante ruido de los disparos. Más prudentes, los pacos no tiraban de día, por temor de ser descubiertos. Pero llegaba la noche y ésta se cubría de disparos. Ya no se dejaba la luz encendida. Por el contrario, previendo que tarde o temprano los aviones adversarios vendrían a visitar Madrid amparados por la sombra nocturna, el Gobierno había acordado realizar algunas pruebas contra los bombardeos. A las diez de la noche había que apagar toda luz que cayera sobre el exterior o que proyectara un reflejo hacia la calle. Además las bocas del Metro (1) permanecerían abietas, para refugio de los transeuntes. En caso de que se le diera, por medio de una señal, la alarma, los vecinos de los pisos altos debían bajar a refugiarse en los sótanos. Todas estas instrucciones aparecieron publicadas en los periódicos y fueron también transmitidas por la radio. Yo verdaderamente pensé que no se trataba de un simple ensayo, sino que el Gobierno tenía noticias ciertas de que vendrían los aviones de bombardeo enemigos a volar sobre Madrid.

La aviación facciosa no era ni muy eficaz ni muy poderosa. La del Gobierno, pobrísima, contaba con escasos aviones, pero con pilotos valientes, decididos a todo. Ya uno de ellos, el capitán Rexach, comenzaba a

(1) Ferrocarril subterráneo.

exasperar al enemigo con sus arriesgados vuelos. Se iba sobre los aérodromos facciosos y destruía aparatos o bombardeaba convoyes de tropas rebeldes, hasta no dejar un camión ni un hombre.

Verdaderamente, en la oscuridad del verano caluroso, durante las noches de ensayo, una suerte de pavor se extendía en las casas. De pronto un ruido cualquiera, el del ascensor, el de un camión lejano, nos hacía pensar en un ataque aéreo y nos asomábamos a las ventanas. Madrid era una mole oscura. La iluminación se había reducido a lo más indispensable. Desde algunas terrazas las lenguas de luz de grandes reflectores lamían el cielo intermitentemente. Los vehículos debían circular con los faros casi apagados. ¡Qué masa oscura! ¡Qué colección de sombra!

El primer avión que voló sobre Madrid vino una noche, a las tres o las tres y media de la madrugada. Nuestros nervios estaban tensos y muy pocas personas siguieron sumidas en el clima del sueño. El motor cortaba el aire con su clásico runrún, que en la negra noche, en el pozo de sombra de la noche, tomaba trágicas resonancias. Se escucharon bombas distantes. En todas las ventanas rostros soñolientos investigaban hacia el cielo. Era una lejana luz roja arrojando un vómito de muerte sobre los campos de Madrid. Claramente oímos las explosiones. Las mujeres, en las ventanas, iban contándolas en vaz alta, sin terror, más bien con una especie de extraña indiferencia.

—Una . . .

—Dos . . .

—¡Toma! Y van siete . . .

—¡Doce!

Contamos hasta 16. Luego se oyeron motores cercanos. Los "cazas" gubernamentales que salían a buscar combate al enemigo.

Se supo, a la mañana, que el avión rebelde había

lanzado las bombas en los alrededores, sin causar daño alguno.

La noche siguiente, a la misma hora, hubo una nueva visita. Nuevos ruidos, nuevos estampidos de bombas lejanas, nueva persecución... Los madrileños comenzaban a tomar en broma al visitante nocturno. Como venía cerca del amanecer, a la misma hora en que salen a la calle los fabricantes de churros, se le llamó el "churrero". Se oía el ruido del motor y las mujeres exclamaban riendo:

—¡Uy que miedo! Ya está ahí el churrero!...

Un poeta escribió un romance burlándose lindamente de las bombas del "churrero":

“¡Y cómo nos alarmáis
con vuestras bombas potentes.
Ayer una ha derribado
la hoja de un pino verde”.

Una noche el "churrero" cambió bruscamente de hora. Eran las doce y estábamos terminando de cenar, cuando apareció en el cielo, con su luz roja y su rumor de abejas en celo. Lanzó una bengala para iluminar el barrio y luego cayó la bomba, a trescientos metros de mi casa, con un estampido feroz. Tembló la casa, se estremecieron los cristales y por un momento la inquietud se alojó en los corazones. En medio de la oscuridad profunda bajé al sótano, con mi mujer y mi hijo. Ya había otras personas abajo. Las madres venían alarmadas, llevando a sus hijos en brazos. Algunos vecinos bajaban en pijama. Salí a la puerta, donde ya había corrillos de gentes que comentaban en voz alta las cosas. Las primeras noticias comenzaron a llegar. Se pedía ayuda desde un garage situado en la calle Rosso de Luna, donde la bomba había caído, hiriendo a algunas personas y destruyendo más de treinta automóviles que se guardaban en él. Pasaban, de tiempo en tiempo, motocicletas haciendo sonar sirenas que retumbaban trágicamente. El avión faccioso se había alejado, después de cometer su fechoría.

A la mañana siguiente fui a ver los destrozos cau-

sados, pero las calles que rodeaban el sitio de la catástrofe estaban acordonadas y los milicianos no me permitieron pasar. En el Paseo de Rosales, sin embargo, podían apreciarse los daños de otras bombas lanzadas por el "churrero". Había árboles cortados limpiamente por la metralla, como con una sierra y grandes masas de vegetales destruidas.

Se pensó entonces en la conveniencia de organizar, en las casas de la ciudad comités de vigilancia que tuvieran la responsabilidad durante la noche. En cada casa de Madrid se reunieron los vecinos varones, presididos por el más viejo y procedieron a elegir un comité formado por tres personas, de preferencia adictos a partidos del Frente Popular. En mi casa se eligió como presidente del comité a un joven perteneciente a la C. N. T. Acordamos que todas las noches habría dos guardias, formadas por dos vecinos cada una; la primera vigilaría desde las doce hasta las tres de la mañana y la segunda desde las tres hasta las seis. El papel de la guardia sería el de estar en vela, en el portal de la casa, y despertar a todos los vecinos en el caso de que se diera la alarma de bombardeo aéreo. Tómese en cuenta que en cada casa de Madrid hay de veinte a cuarenta departamentos, donde habitan otras tantas familias. Nosotros deberíamos despertar a todo el mundo, ayudar a bajar al sótano a mujeres y niños, avisar a la policía y a los bomberos en caso de siniestro y trabajar nosotros mismos en la remoción de los escombros si se producía un derrumbe. Se nos dotó de linternas eléctricas, de picos y palas. Después echamos suertes para establecer el orden en que se harían las guardias y naturalmente me tocó a mí hacer la primera de todas.

Mi primera guardia fué de absoluta tranquilidad. Compré una botella de cognac para mi y mi compañero, pero apenas probé el licor, que me causó repugnancia. Estábamos atentos a todos los ruidos y varias veces recorrimos el edificio alumbrándonos con nuestras lámparas. En toda la noche no ocurrió nada y a las tres de la mañana me fuí a la cama, un poco cansado y con dolor en la espalda.

Los aviones, después de estas tentativas más o menos infructuosas habían desistido, al parecer, de sus visitas nocturnas. Ya echábamos de menos al "churrero". Después de mi segunda vela, el comité de casa acordó suspender las guardias. Se instaló en la puerta un timbre, que comunicaba con el departamento del portero y pagamos entre todos al sereno para que se preocupara de avisar al portero, quien nos despertaría, en caso de alarma. Pasó justamente un mes sin que vinieran los aviones.

Por lo demás los servicios antiaéreos parece que funcionaban bastante bien. Se habían instalado cañones y ametralladores contra los aviones en todos los edificios altos de la capital y en todos aquellos que pudieran constituir un objetivo militar para los rebeldes, como los Ministerios, cuarteles, el Palacio de Oriente (1) la Compañía Telefónica, el Palacio de Comunicaciones, las centrales eléctricas, las estaciones de ferrocarriles, etc., etc. Todas las tardes, además, eran elevados tres globos fijos, que durante el día se guardaban debidamente disimulados en el Parque del Oeste; invisibles en la oscuridad de la noche, eran un elemento importantísimo para que los observadores y los mecanismos ultrasensibles que contenían pudieran avisar a la ciudad, con la debida anticipación, la presencia de cualquier aparato enemigo. Los madrileños los llamaban las "salchichas", por su forma. A veces sonaba la sirena y sólo veinte o treinta minutos más tarde aparecían los aviones rebeldes.

Los aviones del Gobierno, escasísimos en número, no se veían en cambio. ¿Por qué, nos preguntábamos nosotros, no salen cada vez que asoma el enemigo? ¿Por qué? La respuesta habría sido muy clara, si alguien la hubiera dado: porque no existen. Los poquísimos aparatos leales habían sucumbido ya y el Gobierno no tenía otros, ni tampoco podía adquirirlos, a causa de esa monstruosidad internacional que se ha llamado "no intervención" y que ha sido el arma más po-

(1) La Presidencia de la República,

derosa con que han contado en España los generales facciosos.

Por las noches tuve ocasión de escuchar dos o tres veces, las radios facciosas. La radio Sevilla, sobre todo, era muy interesante de oír. Tenía como speaker, a un rebelde megalómano y borracho, consuegro de Alcalá Zamora: el general Queipo del Llano. Jamás he oído tal número de tonterías y puerilidades en la boca de una misma persona. Empezaba por dar a los radiooyentes noticias de su familia, que maldito lo que interesaban a nadie. Después contaba, a su modo, la marcha de las operaciones militares, para seguir con una catarata de injurias contra los políticos de izquierda. Sabido es que Indalecio Prieto, el líder socialista, es un hombre de enorme contextura física. Pues bien, Queipo del Llano llegó una noche al absurdo sin precedentes de decir por la radio algo así como: "Españoles, no temáis que se pierda la cosecha de aceitunas. Cuando entremos en Madrid le abriremos la barriga a Indalecio Prieto y brotará aceite suficiente para abastecer a toda España". . . . Puede juzgarse, por este botón, la cultura y la mentalidad de los generales facciosos españoles.

Los periódicos daban por aquellos días noticias que no lograban quitar el pesimismo con que se veía la marcha de las operaciones. Mientras los rebeldes habían logrado juntar sus fuerzas del norte con las del sur, avanzando junto a la frontera portuguesa; mientras habían tomado Badajoz y se corrían, por Extremadura, hacia el centro de España, las fuerzas republicanas no obtenían sino éxitos parciales, sin una importancia militar apreciable.

Me refirieron, por aquellos días, crueldades sin límites perpetradas por los facciosos. Es un hecho que todo el mundo conoce la matanza de Badajoz. Cerca de dos mil obreros fueron ametrallados en la plaza de toros, durante una fiesta de carácter religioso, y para la cual se repartieron invitaciones.

La entrada de los moros y legionarios en los pequeños pueblos estaba marcada siempre por una escala de crueldades que repugnarán a todo corazón bien pues-

to. Se daba a los moros unas horas de expansión y el permiso para entregarse al botín. Mujeres y niñas eran violadas, a los campesinos se les pasaba por las armas; contaba un diario que un muchachito de cinco años tuvo la mala inspiración de tirar agua a un legionario, el cual le clavó en la bayoneta y lo paseó así por todo el pueblo. Por eso cuando un día, hablándome con gran indignación de los desmanes que se cometían en Madrid, me dijo un diplomático extranjero que "habían violado una señora de muy buena familia", estuve a punto de reirme a gritos.

Se supo también por unos trabajadores que lograron huir de Badajoz, que en esa ciudad, durante una fiesta en la plaza de toros, (sépanlo bien los ingenuos que creen todavía en el cristianismo de los rebeldes españoles) fué toreado y muerto el diputado socialista Andrés y Manso. Así, toreado y muerto, como se hace con los novillos en la fiesta popular de España. Se le clavarón banderillas y se le hundió luego la espada en la nuca. Su cadáver fué arrastrado, en seguida por los caballos del ruedo. El Colegio de Abogados de Madrid ha denunciado ante el mundo esta infamia sin parangón.

Pero, ¿es que no había entre los rebeldes ninguna alma bien nacida, capaz de protestar contra este crimen que subleva la sangre de cualquiera? ¿No estaba Unamuno? Si, estaba Unamuno, cuyo caso trataremos más adelante, al hablar de la guerra civil y el papel que han jugado en ella los intelectuales. Pero Unamuno tampoco hizo nada, entretenido en juegos filológicos, en paradojas, en contradicciones ininterrumpidas.

CAPITULO V

LOS PROLETARIOS EN EL PODER.—EL ORDEN DE COSAS.—LOS NUEVOS EXTRANJEROS.

Supimos una mañana que, a causa de las necesidades de la guerra, los socialistas y comunistas, que hasta ese momento se habían resistido a entrar en el Gobierno, comprendiendo que era necesaria una representación proporcional de las fuerzas del Frente Popular en la dirección de la guerra, así como una distribución de sus responsabilidades, habían acordado entrar a formar parte del Gobierno. En efecto, días después se constituía un gabinete presidido por el líder socialista avanzado Francisco Largo Caballero, secretario general de la U. G. T. Otras figuras importantes del Gobierno eran Alvarez del Vayo en el Ministerio de Estado, (1) Indalecio Prieto en Marina y Aire, Angel Galarza, etc. Por primera vez en el mundo dos ministros comunistas entraban a formar parte de un gobierno, con el beneplácito de su partido y con el aplauso de las fuerzas proletarias. Eran Vicente Uribe, un joven y ya destacado militante, 30 años, entusiasmo, seriedad; y Jesús Hernández, maestro primario de 28 años, que desempeñaba hasta entonces la dirección del periódico "Mundo Obrero", y que ocupó la cartera de Instrucción Pública.

Una de las principales causas que habían impulsado la formación de ese gobierno era la de poner fin a la indisciplina de las masas, que en la ciudad, a pesar de existir ya los tribunales populares, que juzgaban suma-

(1) Relaciones Exteriores.

rísimamente a los desafectos al régimen republicano, seguían obrando por su cuenta, verificando registros no autorizados, y hasta haciendo justicia propia. Había también la cuestión del ejército, de vital importancia para la causa republicana. El Gobierno de Largo Caballero se proponía dar vida a un ejército popular, formado por todos aquellos ciudadanos que desde los primeros momentos de la rebelión habían acudido a coger las armas en defensa de sus ideales.

El rumbo que llevaba la revolución, que estaba operándose simultáneamente con la guerra, exigía una dirección firme. Nada más natural que llamar al Gobierno, entonces, a hombres que pudieran responder de la actuación de aquellas masas populares, que si bien estaban luchando por la causa republicana, no dependían políticamente de los partidos republicanos, sino de las organizaciones obreras.

El remedio fué casi instantáneo. Registros y detenciones ilegales terminaron. Esta forma de saneamiento público quedó entregada a personal de la policía de retaguardia, creada por la Dirección General de Seguridad. Los fusiles ociosos que solían verse en las calles y en los cafés desaparecieron. Al grito de "todos los fusiles al frente" las masas respondieron con lealtad.

El ejército popular, aunque sin uniforme, comenzó a dar la sensación de ser una realidad viva, una fuerza en marcha. Algunas acciones lo bautizaron brillantemente. No hubo ya ascensos de oficiales por las masas de soldados y se nombraron comisarios políticos, a fin de mantener el contacto entre los soldados y sus organizaciones políticas respectivas. Para decirlo de una vez, todo, ejército y retaguardia, entraba por las vías de la legalidad. Los tribunales populares funcionaban activamente, juzgando a las personas acusadas de rebeldía contra el régimen. Muchos fueron condenados a muerte, otros a varios años de presidio y no pocos absueltos. Pero la gente del lado derecho no perdía el miedo. Se supo que las embajadas estaban llenas de miembros de la decaída nobleza española y de afiliados a los partidos de derecha. Cada representación diplomática guardaba varios cente-

nares de asilados. En una de ellas me tocó ver un día, mostrándose ostensiblemente en la Cancillería, a cierto periodista muy buscado por las milicias republicanas a causa de sus relaciones con el bienio negro y para hacerlo pagar toda una larga obra periodística en contra de la República.

Pero lo más extraño es que los fascistas asilados en las embajadas y legaciones y que durante el día permanecían en sus nidos diplomáticos, por las noches salían a hacer su obra de paqueo y terror, a veces en automóviles del Cuerpo Diplomático. Todo coche para circular por Madrid después de las 10 de la noche, debía llevar una contraseña, que era cambiada cotidianamente. Ahora bien, ocurría, y esto está perfectamente comprobado por el Gobierno de la República, que ciertas representaciones diplomáticas pedían la consigna para que la aprovecharan sus asilados en la obra de muerte que tenían entre manos.

Así mismo en algunas embajadas los refugiados, que solían traspasar los tres, los cuatro y hasta los siete centenares, hacían circular periódicos tirados a máquina de escribir con las noticias captadas en las radios facciosas, y poniendo como editoriales las flatulencias del general Queipo del Llano. A ciertas horas del día celebraban ceremonias por el triunfo del movimiento faccioso. Cantaban himnos fascistas y saludaban con el brazo extendido a los aviones rebeldes cada vez que estos visitaban la capital.

Cuando, en los primeros días del asedio contra Madrid se llegó a temer que los facciosos entraran en la ciudad, la esposa de un pintor revolucionario fué a refugiarse con su hijito de ocho meses, en la embajada de un país amigo de la España republicana, pero que tenía no obstante asilados derechistas en número crecidísimo. Supieron éstos que aquella joven no era de los suyos y comenzaron contra élla una campaña de terror, hasta llenarle de miedo y angustia el corazón. Le decían que apenas las fuerzas rebeldes entraran en Madrid la matarían a élla y a su hijito y que a su marido y a todos los pintores y todos los escritores les cor-

tarían las manos, para que no pudieran seguir haciendo daño a la España católica y antimarxista que se preparaba. Hasta tal punto llegó la acción de esa gente, que la pobre muchacha tuvo que salir, violentamente afebrada, de allí. Quince días más tarde la ví en Barcelona y todavía enferma, todavía presa del delirio, despertaba por las noches gritando desesperadamente. Las amenazas de los asilados seguían obrando sobre su débil constitución. La han examinado algunos médicos y parece ser que se quedará para siempre aterrorizada.

Hubo también una fiebre de extranjería entre los españoles. Trabajaba yo como canciller en el consulado de Chile y me tocó atender a muchísimas personas que “habían decidido hacerse ciudadanos chilenos”.

—Yo, decía uno. —siento un gran cariño por Chile

—Pero usted nació en España. . .

—Si, pero tengo un amigo cuyo tío vivió veinte años en Chile y habla maravillas de su país. Así pues, deseo hacerme chileno. . .

—Es imposible. Para naturalizarse chileno tendría usted que residir unos años en Chile, observar buena conducta y luego solicitar de las autoridades, allá, en el país, que le concedieran la nacionalidad. . .

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario.

—Perdone usted, pero no se vende la nacionalidad chilena. . .

El hombre se marchaba, pero convertido en enemigo del Consulado, del Cónsul, del canciller, los cuales a sus ojos tomaban inmediatamente el aspecto de terribles comunistas.

Llegaban otros que habían nacido en Chile, efectivamente. Entre los tantos, recuerdo el caso de un señor, de cincuenta y cinco años, y el diálogo que el Cónsul sostuvo con él.

—Vengo a buscar mis papeles.

—¿Es usted chileno?

—Si. Nací en Chile.

—¿Cuándo salió del país?

—Hace tiempo, bastante tiempo. . .

—¿Cuántos años?

—Tenía seis meses. . . .

—¿Es usted hijo de españoles?

—Sí.

—¿No ha vuelto jamás a Chile?

—No, señor Cónsul. Nunca.

—¿Ha viajado por otros países?

—Sí, pero sólo en Europa. . . .

—¿Con qué pasaporte?

—Con pasaporte español. . . .

—¿Se ha inscrito en algún Consulado de Chile?

—No, señor, nunca.

—Ni ha entrado jamás en un Consulado. . . .

—No, como no había necesidad. . . .

—Ni ha entrado jamás en un Consulado. . . .

—Como vivía en España hice aquí el servicio militar. . . .

—Y no tiene usted ni la más remota idea de Chile. ¿Sabe siquiera dónde está Chile?

—Si señor. . . . ¡Qué se ha creído usted! . . . Chile está en América. Chile, México, el Brasil. . . . Yo quiero mucho a Chile. . . .

—Se nota, señor. . . .

—¿Me dará entonces mi pasaporte?

—Lo veremos, lo veremos. . . . Hay que consultarlo con el Cónsul General.

Esa era exactamente la calidad de muchos "ciudadanos chilenos" de Madrid.

Otras veces se recibía la visita de personas que habían logrado ocultar sus automóviles al ojo investigador de las milicias y las juntas de incautaciones que, cumpliendo una disposición del Gobierno, requisaban todos los coches de la ciudad, y que iban a ofrecerlos "para el servicio del Consulado"

—Yo no tengo ningún interés, usted comprenderá. . . . Pero es que siento grandes simpatías por Chile y entonces pensé: "Voy a ofrecerle mi coche al Cónsul de Chile. Seguramente le servirá mientras dura la revolución. . . ."

—Tanta generosidad me emociona, señor, pero

no acepto su coche. . . Usted quiere que el Consulado se lo proteja, pero nosotros no podemos meternos en esa clase de negocios. Si usted fuera chileno le protegeríamos su coche y todos sus bienes. Pero es usted español y no podemos hacer nada.

(¡Qué Cónsul tan comunista! ¡Es tremendo! ¿Verdad?).

Se ofrecían automóviles, palacios, joyas, todo eso muy "generosamente" y un rechazo sistemático era la respuesta del Cónsul. Luego se nos ofreció dinero, en distintas ocasiones. Recuerdo que una tarde fui llamado por una señora chilena, quien quería presentarme a cierta muchacha española, cuyo novio estaba perseguido. Vivía en el sótano de una casa en construcción y naturalmente sus familiares estudiaban la manera de hacerlo salir. Se trataba de gente muy rica.

Comenzó la chica por llorar a mares, durante quince minutos. Después me rogó que le diera un pasaporte a su novio.

—Señorita, es absolutamente imposible. El caso es conmovedor, pero nada puede hacer el Consulado. Le aconsejo que vaya a alguna embajada o legación y pida amparo para él.

—No, lo que queremos es que salga de España. . .

—Me parece difícil. . .

—Pero es que a mi me han dicho que en ciertos Consulados. . .

—¿Qué? . . .

—Que dan pasaportes, siempre que se paguen bien. . .

—Pues es muy sencillo; vaya usted a alguno de esos Consulados. . .

—El de la República de X. . .

—No estoy enterado de esas cosas. Pero puede usted visitarlo, señorita. . .

—Es que me han dicho también que en el Consulado de Chile. . .

—¿Le han dicho eso? —le respondí.—Pues bien, la persona que lo ha dicho debe ir a la cárcel inmediatamente. Le ruego que me dé su nombre y sus señas.

Por toda respuesta la chica creyó necesario mencionar cantidades.

—La familia de mi novio estaría dispuesta a pagar cinco mil pesetas, quizás diez mil por un pasaporte.

No quise contestarle y llamé al Cónsul. Entre ambos empezamos una lucha tenaz por arrancar a la muchacha el nombre de quien le había dado tal información. Pero todo fué inútil. Lloraba desgarradoramente, con hipos histéricos. Quedamos convencidos de que se trataba de un ardid de la joven para conseguir su objeto.

Como este hubo otros casos. Siempre, junto con negarse rotundamente, el Cónsul ponía el hecho en conocimiento de su jefe inmediato, el Cónsul General en España. (¡Qué terriblemente comunista era!)

La verdad es que (lo denunciaron todos los periódicos y tomó cartas en el asunto el Ministerio de Estado español) se habían establecido verdaderas fábricas de pasaportes, llegándose incluso a contratar fotógrafos para que la tarea fuera más rápida. Españoles hubo que paseaban cínicamente por Madrid luciendo brazaletes con banderás extranjeras.

Los verdaderos chilenos contaban en cambio, con una protección eficaz de parte del Cónsul de Chile. Sus vidas estaban absolutamente garantidas, lo mismo que sus bienes. El Cónsul ideó darles, para que colocaran a la puerta de sus casas, un volante con su firma y el sello del Consulado, dejando establecido en la hoja de papel, que tanto sus personas como sus bienes se hallaban bajo la protección del Consulado. De paso diré que no fué tocada ni registrada jamás una casa de Madrid en cuya puerta hubiera fijo uno de estos volantes. Posteriormente, otras representaciones extranjeras adoptaron el mismo sistema de volantes.

No resisto a los deseos de relatar el caso de un periodista español, nacido en Chile casualmente, en época en que su madre se hallaba de paso. Se había distinguido este hombre al servicio de la gente negra que gobernó España. Plumario oficial de Lerroux y Salazar Alonso, fué comisionado para escribir una historia de

la revolución de octubre, que publicó el periódico "A. B. C.", en la cual se falseaban escandalosamente los hechos. La repulsa que este trabajo produjo fué general. Las derechas lo pusieron después a dirigir el diario de la tarde "Informaciones", donde día por día la República era atacada.

Ahora bien, este periodista, militante de la Falange Española, que se hallaba oculto desde que comenzaron los sucesos revolucionarios, escribió una carta particular al Cónsul de Chile pidiéndole un pasaporte. Naturalmente le fué negado, dada su beligerancia política y su condición de hombre al servicio del Estado, en muchas ocasiones, y en cargos que España no acostumbra a dar a los extranjeros. No diré ahora cómo logré salir de la Península, pero una vez fuera, no pensé en nada más que en volver a entrar, pero por el territorio rebelde. Así llegó a Burgos, a ofrecer a los generales facciosos su pluma siempre en venta. Se le dió un cargo en la oficina de prensa del Gobierno de Burgos, que dirigía el periodista faccioso Pujol.

Un día, mientras los mineros asturianos asediaban al coronel Aranda, sitiado en Oviedo, me tocó escuchar, oyendo una radio fascista, un caluroso mensaje de adhesión que el periodista "asturiano" X. X., enviaba al jefe faccioso en peligro.

CAPITULO VI

LOS INTELLECTUALES DEL MUNDO EN TOR- NO DEL GOBIERNO ESPAÑOL.—LA A. DE I. A.

En varias ocasiones la República Española ha hecho hincapié en este hecho, a mi juicio muy importante: ¿Quiénes combaten por los facciosos: los moros, elementos salvajes, fanáticos, a los cuales se les ha prometido entregarles la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada y tierras en Andalucía, deshaciendo así en un mes lo que España hizo en ocho siglos: la liberación de su territorio de manos mahometanas. ¿Quién más? La Legión Extranjera, que como nadie ignora, está formada por la canalla de Europa, lo más vil, lo más repugnante, el elemento reclutado en prostíbulos y barrios infectos. Esto sin contar a los soldados italianos y alemanes. Y ahora, ¿quiénes, por el contrario, han abrazado la causa de la República? Obreros de todos los oficios, mecánicos, carpinteros, choferes, panaderos, ferroviarios, campesinos, gente noble, toda acostumbrada a pelearse el pan a brazo partido con la vida. Técnicos extranjeros se han sumado a ellos. Han adherido también escritores, pintores, intelectuales, poetas, que no sólo prestan su concurso más o menos espiritual, sino que luchan en las filas, como soldados.

Tal vez podría decirse que toda la intelectualidad española está con el Gobierno. Recuérdese la adhesión al pueblo en lucha firmada por Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Antonio Machado, etc., para no

citar sino a los escritores más conocidos universalmente. Se me objetará: ¿Y Unamuno? ¿Por qué Unamuno no está con la República, como lo estaba en 1931? El caso de Unamuno es bien importante por cierto. Figura la más conocida de la literatura española en el exterior, habrá extrañado verlo junto a los generales, a él, que siempre renegó de generales. Pero es que hay en la vida de Unamuno un elemento de contradicción que parece ser el signo que preside sus actos.

Hace unos dos años, días después de la Revolución de Octubre, estuve en Salamanca oyendo hablar a Unamuno, sentado a su mesa del café. Entonces sus palabras tenían ecos condenatorios contra la salvaje represión gubernamental. Volví a verlo meses después en Madrid, cuando ya empezaba a arrepentirse de la actitud de rebeldía asumida durante la dictadura primorriverista.

—Dicen que el rey me persiguió mucho, manifestó entonces.—Pero ¿y lo que perseguí yo al rey?

Tenía el tono de quien está cansado de su libertad, la libertad por la cual tantas páginas maravillosas ha escrito. Habló también, en esa ocasión de la poca simpatía humana de Azaña y de la cordialidad magnífica de Lerroux. . . El viraje comenzaba. Después comió una vez en Salamanca en compañía del joven Antonio Primo de Rivera, jefe de Falange Española e hijo del general que tanto lo molestó, en sus tiempos de antimilitarista. Más tarde, cuando triunfó el Frente Popular, se manifestó públicamente complacido de ello y comentando los mítines en que las masas madrileñas pedían la cabeza de Gil Robles, hizo una de sus frases:

—¿Como quieren la cabeza de ese hombre, cuando carece de élla?

Meses más tarde comenzaba a frecuentar los casinos donde se reunían sus enemigos de siempre, los que siempre en Salamanca se burlaron de él, los que no perdieron ocasión de escarnecerlo: los ricos, los monárquicos, en fin. Entonces se vió que Unamuno era causa perdida, desde el punto de vista político. A última hora renegaba de todo su pasado. De esas amistades salieron

algunos artículos contra el Frente Popular y su gobierno, que publicó en Madrid el periódico "Ahora".

De su cambio de actitud política dará idea el siguiente hecho: estuve en Portugal en Julio de 1935 y todo el mundo me preguntaba:

—¿Y qué dice Unamuno? ¿Qué opina Unamuno sobre nuestra dictadura, sobre Oliveira Salazar, sobre la política de España?

—Pero, ¿es que no entra en Portugal la prensa española?, respondí.

—Si, pero la censura no deja pasar ningún periódico que traiga artículos de Unamuno.

Un año más tarde, en Julio de 1936, volví a Portugal y me encontré con el hecho insólito de que los artículos de Unamuno eran reproducidos en los principales diarios lusitanos. ¿Es que había cambiado el espíritu de la dictadura portuguesa? No, había cambiado el espíritu de los artículos políticos de Unamuno.

No sé qué pensará mañana Unamuno de las cosas, es posible que lo contrario de lo que piensa hoy, pero cuando estalló la militarada fascista en España, adhirió a los generales, a la bota militar que tanto había combatido. Entre nosotros, donde esta actitud es el pan de cada día en escritores e intelectuales, la cosa no resultaría extraña. Pero en España las condiciones políticas y la calidad humana son distintas y a ello se debe la repulsa general que despertó la adhesión del gran escritor vasco a la causa del militarismo. Dijo Unamuno que eran los generales quienes salvarían la civilización occidental cristiana en peligro, en los mismos momentos en que los generales hacían asesinar a Federico García Lorca y dejaban caer ocho bombas incendiarias sobre la Biblioteca Nacional de Madrid.

El Gobierno acababa de destituirlo de su cargo de Rector de la Universidad de Salamanca y los generales lo repusieron en él, dándole además un puesto de Concejal en el Ayuntamiento. En ese punto estaban las cosas cuando llegó el doce de octubre y se celebró en Salamanca una fiesta conmemorativa del descubrimiento de América, presidida por obispos y generales y con asis-

tencia de lo más granado del Estado Mayor faccioso. Los generales, entre ellos Millán Astray, antiguo jefe de los legionarios a quien como se sabe le faltan un brazo y un ojo, dejaron oír su palabra explicando como iba a ser la gran España que pensaban crear, desligada de la mala hierba vasca y catalana... Le tocó hablar a Unamuno y el profesor no pudo resistir la tentación de crear en torno de su nombre una anécdota más. Dijo, calándose las gafas sobre sus ojos de aguilucho:

—Me parece un error el que pretendéis. La España que váis a hacer, sin Cataluña y sin la tierra vasca, será como un cuerpo sin brazos y sin cabeza. Como usted, general, añadió dirigiéndose a Millán Astray, que no podía creer a sus oídos. Una rechifla general se extendió por el teatro. Se oyeron gritos de "¡Mueran los intelectuales!". Unamuno se levantó de nuevo, cogido esta vez por la tentación filológica. Dijo simplemente:

—¡Venceréis, pero no convenceréis!

Al día siguiente, los periódicos de Burgos y Salamanca han publicado, sin mayores comentarios, los decretos que lo destituían como Rector y como Concejal. Por eso yo me pregunto: ¿Qué actitud tendrá mañana don Miguel? ¿Qué piensa hoy Unamuno? (1).

Antes de hablar de la adhesión de los escritores españoles a la causa republicana, me gustaría recordar que las voces más altas del intelecto mundial han estado espiritualmente al lado del Gobierno, contra la rebelión fascista. H. G. Wells, André Gide, Romain Rolland, Waldo Frank, Elie Faure, Upton Sinclair, André Malraux, Ludwig Renn, Aldous Huxley, John Dos Passos, Jean Cassou, Lenormand, Aragón, André Breton, Erhenbourg, Tristan Tzara, Victoria Ocampo, Rómulo Gallegos, para no citar sino a algunos, no sólo se han limitado a expresar públicamente su identidad con la España republicana, sino que muchos de ellos, princi-

(1) Fué escrito este capítulo antes de la muerte de D. Miguel.

palmente los jóvenes, han ido a España, deseosos de conocer la realidad.

André Malraux, el joven y ya famoso escritor, autor de "La condición humana", "Días de Desprecio" y otros generosos libros, ha estado en España desde el comienzo de la guerra. Ha volado cien veces bombardeando los ejércitos enemigos, ha luchado, en fin, como un campeón de la libertad. Nuevo Lord Byron, cuando pase la lucha, su nombre quedará fijo en la gratitud de la España popular.

Pero, mientras llegaban de todos los países del mundo las adhesiones intelectuales a España, veía yo con tristeza que de Chile nada venía. (1) Un día me encontré en "La Nación" un artículo firmado por A. I., en que se hablaba con enorme ignorancia de la guerra civil en España, de la salvación por los rebeldes de la cultura de occidente y de otras ideas baratas, y entonces comprendí. Comprendí la monstruosa equivocación en que han caído algunos escritores chilenos, los menos por fortuna.

Día a día llegaban a Madrid figuras intelectuales muy interesantes. Aparte de Malraux y su avión, Aragón llegó con una ambulancia que enviaban los poetas franceses; el historiador Elie Faure visitó la tierra catalana; el escritor surrealista Tristan Tzara dió conferencias en Barcelona y pasó después a Madrid. A Ludwig Renn lo ví varias veces en la capital, con sus pantalones de golf y su alta estatura. Se incorporó más tarde a una columna internacional venida espontáneamente a España y formada por italianos y alemanes expulsados por los gobiernos de sus países. Ludwig Renn, combatiente de la gran guerra, escribió también, con sencillo estilo, pequeños consejos para los soldados españoles, sobre la forma de librarse de la metralla aérea, la importancia de las tricheras, etc.

Poetas ingleses, escritores antifascistas franceses, holandeses, finlandeses, checoslovacos, alemanes, llegaban

(1) Sólo al llegar he conocido el manifiesto de los escritores, la publicación "Onda Corta" y la formación del Comité Pro España.

muy a menudo a Madrid y recorrían los frentes de guerra.

En cuanto al común de los escritores españoles, estaba agrupado en la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, cuya presidencia ostentaba el joven ensayista católico José Bergamín, director de la conocida revista "Cruz y Raya". Algunos habían salido al extranjero, como Ortega y Gasset, que se fué enfermo a París; Juan Ramón Jiménez, que marchó a Nueva York, Ramón Gómez de la Serna, a Buenos Aires, etc. Rafael Alberti, el célebre poeta, se hallaba en Ibiza, una de las islas Baleares, en compañía de su mujer, María Teresa León, cuando estalló el movimiento reaccionario. Los facciosos se apoderaron de la capital de la isla y ellos tuvieron que huir a los bosques, donde pasaron más de veinte días, hasta que las fuerzas del capitán Bayo libertaron a Ibiza de la dominación rebelde. Entonces pudieron regresar a Madrid a realizar una intensa campaña en los frentes y en las ciudades en favor de la causa del pueblo.

La Alianza seguía entre tanto su vida, entregada de lleno a una obra de colaboración con el Gobierno para los servicios de la guerra. Todos los domingos se daban mítines en los teatros de Madrid, con la colaboración de escritores extranjeros de paso. Hablaban Bergamín, Ricardo Baeza, Serrano Plaja, el poeta León Felipe, que había abandonado un cómodo cargo de catedrático en la Universidad de Panamá para ir a luchar al lado de los suyos; María Teresa León, Wenceslao Roces, César Arconada, Manuel Altolaguirre, Ramón Sender, Rafael Alberti y muchos otros. Se imprimían folletos para el pueblo en armas, mostrando a sus hijos la traición de muchos malos españoles; se editaban carteles, dibujados por los mejores pintores jóvenes, que eran fijados en las calles llamando al pueblo a la guerra, a los campesinos a su labor, a los obreros a redoblar el trabajo; se imprimían volantes de instrucción bélica, enseñando al soldado a librarse del mejor modo de la metralla enemiga, etc., etc. Se editaba también el semanario "El mono azul", que entre otras cosas de mucho interés publicaba

el "Romancero de la Guerra Civil", para cantar en romance las hazañas de los héroes populares. Más tarde se hará una recopilación, una selección de los mejores romances y entonces veremos verdaderas obras maestras en el género, como "Viento del pueblo", de Miguel Hernández; "Radio Sevilla", de Alberti; que comienza:

"Atención. Radio Sevilla.

Queipo del Llano es quien ladra".

El romance satírico al general Mola, de Bergamín, que empieza "El hijo de la gran mula...". Además de romances de Altolaguirre, Lorenzo Varela, Vicente Aleixandre, Antonio Aparicio, Serrano Plaja, Emilio Prados, Pla y Beltrán, etc. etc.

Se ocupaba además la Alianza de guiar y ofrecer intérpretes a todos los intelectuales y periodistas extranjeros que visitaban España y de salvar, de acuerdo con el Ministerio de Instrucción, las obras de arte ante el peligro de la destrucción por la metralla fascista. Tesoros del Escorial, Toledo y Madrid fueron puestos en sitio seguro por los intelectuales.

CAPITULO VII

UN CRIMEN CONTRA LA CULTURA: LA MUERTE DE FEDERICO GARCIA LORCA

En cuanto al poeta Federico García Lorca se había marchado, tres o cuatro días antes del estallido a Granada, su tierra natal. Cuando llegó a Madrid la noticia de su fusilamiento una ola de incredulidad se extendió por todas partes. No podíamos creer, rechazábamos indignados la suposición. ¿Federico? Eso no. No puede ser.

Circularon rumores, versiones. Estaba oculto en casa del músico Manuel de Falla. Estaba en una finca del poeta Luis Rosales, de ideas derechistas. Había logrado escapar y se hallaba en Ginebra. ¡Mentira, mentira, mentira! Estaba muerto, fusilado por las armas antirrepublicanas en una tapia del cementerio de Granada. Lograron huir algunos obreros y estudiantes de la ciudad andaluza y refirieron el hecho: contra la familia de García Lorca existía odio. Su cuñado, Gregorio Fernández Montesinos, alcalde de Granada, había sido asesinado y arrastrado por las calles. En cuanto a Federico, la muerte lo había alcanzado oscuramente, junto a un muro pintado de cal.

¡Qué especie de crimen inútil, de inútil crueldad, de cínico desafío a la cultura española!

Sólo en un tiempo de muerte, sólo durante una edad catastrófica podía extinguirse la vida de Federico García Lorca. Sólo perdiéndose su cadáver entre muchos muertos sin rostro, entre mucha carne desfigurada, podíamos creer en su suerte cierta. De otro modo no. ¿Quién no iba a esperar que de pronto, del cadáver amari-

llo brotara una inmensa carcajada ronca, como eran las carcajadas de Federico García Lorca? Carcajadas como estremecimientos, con una alegría suelta como un caballo, con una fuerza incontenible de expansión. Podré tal vez, con el tiempo, olvidarme de su rostro moreno, claveteado de lunares, podré olvidar sus cabellos tendidos hacia atrás, pero esa risa pronta a despertar, esas carcajadas enormes, argentinas, sin control, no podré olvidarlas nunca.

Como en la vida de todos los gitanos— aunque la suya fuese una vida alegre, sacudida por un viento de dicha—había supersticiones y misterios. Por ejemplo, nadie sabía exactamente donde había nacido ni su edad justa. Las antologías, los numerosos estudios que se han escrito sobre su obra y su vida hablan de un pueblo de Granada: Fuentevaquero. Su compañero de siempre, el poeta Rafael Alberti, afirmaba que Federico había nacido en una pequeña población llamada Asquerosa, como la bala que lo mató. Su edad posiblemente fuera la de 37 años, aunque los hombres como García Lorca no tienen edad. Siempre están madurando y siempre son jóvenes, como niños. Quien oyó alguna vez reír a Lorca no pudo creer que pasara de los veinte años.

Había logrado García Lorca una popularidad sin parangón en España. Me refiero naturalmente a la España de la cultura, a la que celebraba a sus poetas y daba nombres de pintores a sus calles y plazas. A la que coronaba de cotidianos laureles a Lope de Vega y daba de comer a Góngora, en una catedral, sin imponerle otra obligación que la de hacer versos. ¿Dónde hallar quién desconociera a Federico y a su risa, que era escuchada indiferentemente en los salones y en las tabernas, sus versos que recitaban los gitanos como los poetas, los toreros y los niños de las escuelas? Cada estreno de Federico era una apoteosis donde se citaba España entera. Poeta más popular no lo hubo desde el siglo de oro. Y si bien Rafael Alberti era saludado por los trabajadores como un hermano querido, no es menos cierto que en este homenaje había tanta admiración al poeta como al luchador revolucionario. Federico, en cambio, no se había en-

rolado en las filas políticas, a pesar de que él era pueblo y su literatura venía del pueblo e iba al pueblo. La adhesión popular le caía, pues, como una lluvia desinteresada y verdadera.

Federico cantaba de un modo tan emocionante que daban deseos de echarse a llorar al oírlo. Las viejas canciones andaluzas encontraban en su garganta gruesa el vehículo más justo y directo. Una canción al alba de Granada, a los segadores que salen al campo con el sol, a los jinetes que se pierden en sus jacas azules, era algo que con nada podía compararse.

—¡Canta, Federico, canta!

Y Federico cogía la guitarra entre sus brazos y se soltaba a cantar y los que oíamos teníamos el corazón a su merced, como una esponja que se llena de alegría o se ensucia de lágrimas. Nunca he escuchado mejor definición de esos momentos que cuando Pablo Neruda dice en su Oda a García Lorca:

“Si pudiera llorar de miedo en una casa sola,
si pudiera sacarme los ojos y comérmelos,
no haría por tu voz de naranjo enlutado
y por tu poesía que sale dando gritos”.

Pero luego pasaba el instante del llanto y Federico resucitaba y bailaba, y reía, y nos contaba historias y nos decía versos, dulces romances, perfectamente maravillosos poemas. Y entonces nosotros pasábamos de la pena a la alegría o regresábamos a la angustia o volvíamos a emerger en el mundo dichoso que creaba su dinámica expresión. Federico jugaba, como un prestidigitador, con nuestros sentimientos, casi hasta fatigarnos, casi hasta ahogarnos de risas o de lágrimas.

Su poesía tenía también ese doble sello. Subía de pronto en voz de tragedia, como en el martirio de Santa Olalla:

“Por el suelo, ya sin norma,
brincan sus manos cortadas
que aún pueden cruzarse en tenue
oración decapitada”.

O se enredaba a veces en la frágil, en la delicada y dulce belleza del amor en medio de un paisaje dichoso:

“Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios”.

Sin que ellos intervinieran, una suerte de rivalidad poética se había tendido en España, entre los admiradores de la poesía de García Lorca y aquellos que preferían la de Alberti, rivalidad literaria de la cual ambos estaban ausentes y que nunca empañó la pura amistad de los dos poetas. Inquieto, siempre ansioso de nuevas formas, Alberti en cada libro aparecía distinto, renovado, sin terminar de descubrirse; Lorca no cambiaba apenas sus modos de expresión; para él la poesía no era tanto expresión como caudal interno, es decir emoción. Pero si Alberti ha tenido en la poesía española el mérito evidente de aportar nuevas formas, el de García Lorca es todavía mayor al escribir su “Romancero Gitano”, donde se muestra como el heredero directo de los poetas clásicos españoles, es decir de los grandes poetas. Saber conjuntar en lenguaje de hoy, con expresión moderna, la gracia popular de Lope, la emoción viril de Quevedo, la elegancia poética de Góngora, la pureza de Soto de Rojas o de Espinoza ha sido el mayor acierto del “Romancero Gitano” de García Lorca. Es el libro más suyo, el que perdurará, el que tiene todo su acento, el más lorquiano de toda la obra de Lorca.

Federico era el eterno perseguido. Lo perseguían sus amigos, que siempre deseaban estar con él, gozar de su gracia y de su simpatía. Todos los españoles eran sus amigos. Un tabernero de Madrid en cuyo establecimiento solíamos comer, hablaba siempre de “Federico, mi

amigo del alma". Las condesas y los diplomáticos querían tenerlo en sus reuniones y él se les escurría. Frecuentaba sí, con cotidiana asiduidad, la casa de Carlos Morla Lynch, el Consejero de nuestra Embajada en Madrid, a quien quería como a un hermano. Lo perseguían los editores, pidiéndole libros; los empresarios pidiéndole teatro; los editores de discos musicales, pidiéndole que tocara o cantara sus creaciones o sus transcripciones. (Hay muchos discos donde se conserva su huella). Lo perseguían los periodistas pidiéndole interviews y los directores de revistas pidiéndole versos. El aceptaba o se negaba, según quería. Sus amigos tenían que obligarlo a publicar los libros que escribía. Lorca prefería no ocuparse de ello.

Se levantaba todos los días para el almuerzo y luego ya sus padres no volvían a verlo en la jornada. Federico andaba en los cafés, con los amigos, en los teatros, en sus actividades de director de "La Barraca", un excelente grupo teatral de universitarios, que dirigía y con el cual recorrió casi toda España; o andaba en las casas donde se volvían locos por tenerlo. Tarde de la noche, a las dos o tres de la madrugada volvía a la suya y era entonces cuando escribía su teatro, sus poemas, con una letra delgada y esbelta, exageradamente esbelta en las mayúsculas. Amanecía ya cuando Federico se iba a la cama, cumplida, con disciplina muy poco corriente en el español, su tarea de escritor y de poeta.

Muy pocos días antes de que estallara la guerra civil, avanzado ya el verano, García Lorca marchó a Granada, a descansar, como acostumbraba a hacerlo todos los años. Allí, en su tierra, vivía de nuevo días de la niñez, cantaba a la orilla de los ríos, dormía bajo los árboles, salía por las noches de jarana con los "gitanos legítimos", como él decía que era. Escribía también, en su Andalucía. Allí lo sorprendió la muerte. En el pecho recibió las cinco flores de sangre que le pusieron las balas. Antonio Machado, el gran poeta, el único sobreviviente auténtico de la generación del 98 (los demás murieron biológica o espiritualmente), amigo de Federico en la poesía, en la tierra andaluza y en la pureza de corazón,

ha escrito una elegía en la que vé a Lorca del brazo de la muerte, requebrándola:

“Te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaban”.

Dice también que en la Alhambra hay que labrarle un túmulo al poeta:

“sobre una fuente donde llore el agua,
y eternamente diga:
el crimen fué en Granada, ¡en su Granada!

Las estrofas de la elegía siguen sonando en mis oídos. Todavía a veces pienso que su muerte es mentira, que su cara de gitano, que sus cejas gruesas, que sus lunares, que su larga melena, que sus ojos cálidos, que su voz emocionante no pueden estar bajo la tierra y que de pronto aparecerá distribuyendo alegría como ayer, cantando, riendo, volviendo locos de poesía y de dicha a los seres y a las cosas.

“El crimen fué en Granada. ¡En su Granada!”

CAPITULO VIII

EN DONDE NO HA PASADO LA GUERRA

El 12 de Octubre la F. U. H. A., Federación Universitaria Hispano Americana, en combinación con la Alianza de Intelectuales, había organizado en la ciudad de Cuenca un mítin en celebración de la Fiesta de la Raza, al cual asistí como espectador. Aunque no pertenecía a ninguna de ambas instituciones tenía buenos amigos en las dos, y partimos esa mañana, muy temprano. Una mañana luminosa, una de esas clásicas mañanas de Castilla, bajo el azul de un cielo transparente, los automóviles rodaban por la carretera de plata. Subidas, virajes, bajadas. Qué satisfacción, después de casi tres meses de guerra, sentirse en el campo libre, bajo el cielo puro, entre los olivares y las plantaciones de vides. Alegrementemente corre la caravana compuesta por cuatro coches. Los dos primeros ocupados por miembros de la Juventud de Izquierda Republicana, el tercero por los de la F.U.H.A., y el cuarto, en donde voy, por miembros de la Alianza. A la entrada y a la salida de cada pueblo nos detienen campesinos armados de fusil o escopetas, que forman los puestos de guardia.

—¡Los documentos, camaradas!

El chófer enseña el salvoconducto dado por el Ministerio de la Guerra y seguimos adelante.

En el campo, campesinas recogen la uva o aran la tierra. Trabajan ahora con amor, ahora que una aurora de bienestar social se levanta en la tierra española. Antes, por una dura faena de sol a sol sus patrones les daban la consabida peseta y media. Hoy la tierra les pertenece. Se las ha dado el Estado y por eso es trabajada con amorosa, con profunda atención. Ahora espera a sus hijos un

porvenir, una certeza de salud, de bienestar La explotación ha muerto.

Campesinos y campesinas levantan el puño cuando pasan los coches. Los niños también saludan así, a la manera antifascista. Es el saludo de España. El saludo que el reglamento ha impuesto a los nuevos soldados de la República. El saludo de los obreros, de los intelectuales. España saluda con el puño en alto, en una afirmación de voluntad, en la expresión de un sentimiento fuerte y definitivo.

A mediodía, después de rodar tres horas por una excelente carretera, se nos aparece Cuenca, enclavada entre cerros, a la orilla de un río que le lame los pies, como un perro manso. Es la ciudad más importante de una importante provincia ganadera castellana, lindando con el Levante. En el teatro del pueblo una multitud aguarda. Obreros de todas las tendencias se apretujan en las butacas, en los palcos, en las localidades altas. Se aguarda a los de Madrid para comenzar el sencillo acto.

El presidente de la F. U. H. A., un estudiante peruano, se levanta y lee unas cuartillas. Se ha acabado, dice, aquel viejo y manoseado concepto del hispanoamericanismo, propio sólo de banquetes, velades y actos oficiales. Para nosotros, sigue, el hispanoamericanismo es un sentimiento que viene de la raíz de América y va a clavarse en la entraña del pueblo español, no de todos los españoles, entiéndase bien, sino de aquellos que luchan hoy por su independencia, como nosotros luchamos ayer. Luego se levanta José Bergamín y con palabra simple, como si estuviera hablándole a niños, explica a los conquenses, en cuyos rostros se advierte un profundo interés por comprender, lo que significa la raza. Raza, les dice, quiere decir raya. Imaginaos una raya que fuera desde aquí, corazón de Castilla, hasta la lejana América, a través del océano. Y sigue desarrollando una teoría de amistad, entre campesinos de España y campesinos de América...

Luego se recitan poesías, romances y canciones de la guerra, que también escuchan con atención casi religiosa.

Grandes aplausos subrayan el final de cada número del programa y después la asamblea se disuelve.

Hay algo de extraño, algo de frío, algo que impide que la chispa salte de uno a otro polo, que la comunicación sea estrecha entre los que vienen de Madrid y los que no han salido de Cuenca. Algunos conquenses visten el mono azul de los milicianos y la ciudad ha aportado al nuevo ejército un contingente de más de 600 hombres. Pero lo que hay es que la guerra no ha pasado aún por Cuenca. La vida se desliza con cierta normalidad perjudicial. Hay comités, ha habido incautaciones, ha habido eliminación de elementos antirrepublicanos, pero . . . una cosa extática, de lenta, de pausada se nota en el ambiente popular. Es que Cuenca no ha conocido la guerra, no tiene un frente de combate a diez o quince kilómetros, no ha recibido la visita de los aviones enemigos. Hace falta un poco de agitación, opinan los escritores con quienes voy.

Por la tarde visitamos la ciudad. Una maravilla de noble y pura piedra, sin apariencia monumental, como Salamanca o Toledo, sin grandiosidad de obra de arte, pero con una especie de sombra de humo o de tiempo, ennoblecedora y grata a los ojos. Sobre un enorme barranco cuelgan balcones y muros, a altura vertiginosa. Son las casas colgadas, que Cuenca muestra con cierto orgullo al viajero. Desde allí se ve, muy delgada, la cinta del camino y al frente, en la cúspide de un cerro se nota movimiento de hombres como hormigas. Están emplazando cañones. Si el enemigo viene, Cuenca se defenderá bravamente.

El almuerzo. Cuenca nos devuelve el sabor de la carne, de los huevos, de las patatas, que en Madrid casi no existen. Hace tiempo ya que lo hemos perdido y este sólo hecho de comer, aunque sean los dos platos que establece la comida de guerra implantada en toda la España leal, nos hace olvidar por un momento la guerra. ¡Qué lejanos, que ausentes del pensamiento están los aviones, el estampido de los cañonazos, las colas de gentes que esperan provisiones, los desfiles de soldados, el paso de los camiones vertiginosos, la sirena de alarma,

los periódicos cuajados de condenación para el enemigo y de alabanza del ejército del pueblo, los registros domiciliarios, los rumores, los bulos, la radio, todo. todo! ¡Qué alegría la de sentirse libre de la pesadilla de la guerra!

Es el atardecer cuando emprendemos el camino de vuelta. En nuestra caravana va un automóvil camuflado, pintado a trozos amarillo, a trozos pardo, a trozos verde, todo con un tono oscuro, como el campo castellano. Desde arriba los aviones no verán sino un montón de tierra parda. Aún la sombra no aparece con su terrible realidad. En los campos siguen los labradores abriendo surcos rectos como rieles. Junto a ellos se ven montones de tierra y hojarasca oscura: es el abono; abono animal mezclado con nitrato de Chile, que va a fecundar las tierras castellanas. El automóvil corre con velocidad pasmosa. Noventa, cien, ciento diez kilómetros a la hora. De pronto en el cielo comienza un combate terrible de nubes monstruosas, que se acometen con furia. Grandes nubes como cocodrilos avanzan sobre otras, con vientres cuajados de agua. Lejos llueve. En la carretera se advierten huellas de agua recientemente caída. De la batalla de las nubes empieza a brotar la sangre del crepúsculo, que se extiende en el horizonte cada vez alcanzado y cada vez perdido. Por fin el sol de otoño penetra en su huevo sombrío y la oscuridad empieza a crecer como un sueño, como un fantasma. El coche corre ahora en la noche desnuda. Hace un poco de viento, que remece las copas de los chopos del camino. Un pueblo. Breve parada. Los documentos. ¡Salud, camaradas! ¡Salud! Y adelante.

A medida que nos aproximamos a Madrid las detenciones comienzan a ser más frecuentes y la revisión de documentos más escrupulosa.

—¿Váis a Madrid, camaradas?

—Si, a Madrid.

—¿Sabéis la consigna?

—No.

El chófer se inclina y recibe del guardián las palabras misteriosas, la fórmula mágica, el abracadabra que nos franqueará el paso. Seguimos rodando. Cerca de Ma-

drid se alza un resplandor. La ciudad no enciende sino una mínima parte de sus luces, pero son lo bastante para que el resplandor alcance hasta el cielo. Hemos llegado ya al Madrid cálido, a la ciudad en guerra, que se defiende de la acechanza. Venimos de una ciudad por donde la guerra no ha pasado.

Una calle del barrio de Vallecas. Dos milicianos cuchichean. Oímos que uno dice al otro:

—¡A que no saben la consigna!

Y luego, dirigiéndose al chófer:

—¡Eh, camarada! ¿Sabes la contraseña?

—Sí.

—Dila.

—Pregunta y yo te contestaré, dice nuestro conductor.

—¿Los generales facciosos? . . .

—Morirán en nuestras manos . . .

—Bien, camarada, adelante.

Y nos hundimos en la cálida noche de Madrid.

CAPITULO IX

REGISTRO DOMICILIARIO.—LA ESCASEZ EN MADRID

Un revuelo enorme se forma en mi casa. Han venido a hacer un registro domiciliario en uno de los pisos, donde habita, o mejor dicho de donde está ausente un enemigo del régimen. Ha terminado hace tiempo el período de los registros clandestinos. Algunos grupos seguían practicándolos y el Gobierno entonces, para impedir su repetición, tomó diversas medidas. Desde luego se ordenó a los porteros y a los vecinos que no permitieran a nadie penetrar en un piso, sin llevar orden escrita de la Dirección General de Seguridad. A los vigilantes nocturnos o serenos, que tienen normalmente por misión el cuidar las casas durante la noche y abrir los portales a los vecinos que llegan después de las 11 de la noche, se les ha quitado el gran manojó de llaves. Nadie puede pues, entrar de noche en una casa, como no sea un vecino que posea llave propia. Por lo demás, en tiempos de guerra los vecinos salen poco a pasearse de noche. La circulación está totalmente prohibida entre las 10 de la noche y las 6 de la mañana. El alumbrado público no se enciende, por precaución contra la visita de los aviones. Madrid es un inmenso pozo sombrío.

Los registros, pues, no son ya clandestinos. Son, cuando se producen, autorizados por la policía. Llegan un guardia y dos milicianos y hacen que el portero les abra la puerta. Se comienza por los papeles, los cajones, las bibliotecas y los atónitos vecinos que estamos presenciando por curiosidad el acto, vemos asombrados que en la cabecera de la cama del ausente hay un retrato de un señor con bigote recortado y prominente nariz: es don Alfonso de Borbón. Pero, ¿es que todavía hay gente

que piensa en una restauración?, nos preguntamos. Y la evidencia es tal que hay que rendirse a ella. La hay. De un cajón es extraída, donde estaba oculta entre ropas, una bandera rojo y gualda, la de la monarquía difunta. . . . Y luego en los archivos empiezan a aparecer cartas y comunicaciones importantes, de contenido político, por cierto. Había pues, buenas razones para proceder al registro.

Algunos vecinos timoratos están asustados y piden por favor a los milicianos que registren sus casas, para que se convenzan de que ellos son gentes adictas al régimen.

—Pero si no lo dudamos. . .

—De todos modos, me harían un verdadero favor entrando.

Vista la insistencia, los milicianos entran y miran brevemente. No hay armas. No hay banderas ni insignias facciosas. La medida se generaliza y todos los departamentos son registrados. La gente se agolpa en las puertas. En mi casa no quieren entrar.

—No, camarada. Usted es extranjero. . .

—Sí, soy extranjero, pero si ustedes quieren entrar, mi casa está abierta. . .

Se niegan terminantemente. Mi casa está abierta. ¿Qué encontrarían en ella, si entraran? Las obras completas de Dostoyewski, un cuadro surrealista de Isaías, una vieja fotografía de Hernán del Solar. . . . ¿Qué más? Todo eso está dentro del régimen y además dentro de mí.

Se van los milicianos. Nada ha pasado. Nadie ha sufrido. Nada se han llevado, sino las banderas monárquicas, las cartas comprometedoras y los retratos de D. Alfonso. Los agentes de seguridad de cualquier país del mundo no obran con tanta delicadeza. Cuando no hallan nada que justifique su visita, destruyen, rompen o roban. Yo recuerdo que durante el bienio negro iban a menudo a registrar la casa del poeta Alberti, rompían los muebles, las paredes y hasta el techo y se llevaban los libros más queridos de su biblioteca. Durante un registro efectuado cuando Alberti estaba en Rusia, y su casa ha-

bía quedado al cuidado del poeta Gerardo Diego, hallaron una fotografía de Baudelaire.

—¿Y ese quién es?

—Es un poeta francés, respondió tartamudeando Gerardo Diego.

—¿Poeta? ¡Nada! ¡Ese debe ser un revolucionario! Y rompieron a patadas el retrato.

Había, en cambio, en el mismo muro, un retrato de Lenin, con el uniforme del Instituto, a los 17 años. Uno de los agentes lo miró y dijo:

—Mira que chico tan guapo...

—No lo rompas, le respondió el compañero.—Debe ser algún pariente de Alberti.

Pero aquí no ha pasado nada. Ha habido un registro decente, por gente que no tiene ningún interés en romper libros ni en destruir muebles. ¡Si todos los policía, fueran así! No lo son, desgraciadamente. Aquí van a las librerías y recogen todos los ejemplares que encuentran de "la rebelión de las masas", creyendo que se trata de un libro revolucionario. ¡Si lo supiera don José Ortega y Gasset! Cuando yo leí aquello escribía en "Diario de Madrid" y estuve a punto de hacer un artículo aprovechando un tema tan estupendo que se me ofrecía. Después pensé que no era propio, por mi país, y me abstuve. Entiendo que han recogido también, por estimarlas pornográficas, las obras de Freud que estudian los aspectos sexuales de la vida. Yo sugeriría que el Gobierno nombrara un intelectual para que aconsejara a la policía, cuando ésta sienta deseos de recoger libros. Hay tantos volúmenes de poesías, tantas novelas malas, tantas latas históricas, tantos discursos inútiles que destruir. ¿Para qué acudir entonces a obras importantes del pensamiento humano?

Se han ido los milicianos y nada ha pasado. ¿Vé usted, señora, como no eran tan terribles? No se han comido a nadie.

Se había presentado en Madrid un duro problema: el del abastecimiento. Cegadas algunas carreteras, los productos debían venir forzosamente por el camino de Valencia. No sólo era difícil la obtención de ciertos ali-

mentos, ya que los lugares de donde venían estaban ocupados por los rebeldes o convertidos en campos de batalla, sino que además la población de Madrid había aumentado. Los habitantes de los pequeños pueblos de provincias cercanas se habían venido en masa a la capital, huyendo de la barbarie facciosa. Así pues, la alimentación preocupaba grandemente al Ayuntamiento. Abastecer a un millón de personas no es nada fácil, cuando las fuentes de donde proceden los productos están secas. Más o menos a fines de Octubre no había en Madrid huevos, ni patatas, ni judías, ni embutidos, ni azúcar. Es decir no existían normalmente esos productos. Lánguidamente vegetaban las tiendas de comestibles. En sus vitrinas se exhibían cajas de tallarines, botes de conservas... vacíos. En algunas habían puesto un letrero que decía:

F I C T I C I O

Pregunté a un dependiente qué significaba y me dijo:

—Pues que ahí no hay nada sino cartones y botes desocupados. No había nada. De vez en cuando, cada cierto tiempo, llegaba azúcar a Madrid, que la gente se despachaba en pocos minutos. El pescado era escasísimo y debía venir en aviones desde Santander o la costa de Levante. Se vendía a precios bastante subidos. El chocolate tampoco se hallaba en parte alguna.

Se produjo así el fenómeno de las "colas". En España la cola es una especie de institución nacional y lo digo en honor del orden y la prudencia con que obra el español cuando hay más solicitantes que personas que puedan atenderlos. Así en los teatros, en las tiendas, nunca veremos el espectáculo lamentable que aquí, donde se despacha al más fuerte o al que va mejor vestido. En España lo corriente es que una persona que llega a comprar, cuando hay otras que esperan su turno, se coloque detrás y espere también. Durante esos días amargos las colas eran tan largas que a veces llenaban dos o tres cuádras. Las mujeres llevaban pequeñas sillas para

sentarse durante la espera. Otras se ponían a tejer o coser.

La escasez es el más elocuente de los elementos de desorden y eso está comprobado en todas las épocas y en todos los países. Porque entre las necesidades más fundamentales está la necesidad de comer. Dinero no faltaba. Las más modestas familias tenían ahora con qué vivir. El Gobierno pagaba diez pesetas diarias a los milicianos, además de su comida. Los precios del alquiler de las casas baratas había sido reducido en un cincuenta por ciento y rebajados el precio de la luz y el gas. Ahora bien, existiendo dinero no existían provisiones y la reiteración de esta escasez iba influyendo en el ánimo de los madrileños. Muchas veces me tocó ver disturbios y riñas que se formaban en las colas, de ordinario tan correctas. Ya era que alguien quería romper el orden, ya una discusión por cualquier motivo. En varios casos hubo mujeres que se fueron a las manos. Las colas debían ser vigiladas por milicianos armados. Era una tarea muy poco grata. Muchos preferían estar luchando en el frente contra los facciosos que luchar cotidianamente contra mujeres excitadas por la escasez de alimentos. Hasta llegó el caso, y esto lo ví en mi barrio, en que los milicianos debieron disparar sus armas al aire para poner orden en las filas.

Dará una idea de la angustiosa situación que se iba formando el hecho de que, abriendo las tiendas de comestibles sus puertas a las 9 de la mañana, las colas comenzaban a formarse antes de las cinco, antes de que amaneciera. Me consta. Durante la segunda guardia que hice en mi casa, me tocó velar desde las tres hasta las seis de la mañana. Más o menos a las cinco menos cuarto comencé a sentir un rumor de voces que venía desde la calle y que a medida que pasaban los minutos se acentuaba más y más. Salí al portal y ví entonces un grupo de unas ocho o diez mujeres junto a la puerta cerrada de una carnicería. Pronto fueron llegando otras y otras. A las seis, cuando me llegó la hora de irme a la cama, no menos de treinta mujeres esperaban que la carnicería abriera, a las nueve, sus puertas. Querían ocupar los pri-

meros lugares porque, como la carne era escasa, otros días, haciendo el número treinta o cuarenta de la cola se habían quedado sin mercancía. Igual cosa ocurría con los huevos, el azúcar, etc.

Me correspondió también ver un espectáculo horroso: las colas en los momentos de un bombardeo aéreo. Llegaban los aviones enemigos sobre Madrid y junto a la acera se producía el pánico. Muchas mujeres corrían, con sus hijos en brazos, a refugiarse en los portales vecinos. Otras, que ya llevaban varias horas de espera, se acurrucaban junto a los muros, esperando que pasara el peligro. Había en todos los rostros ansiedad, viva expectación, terror en algunos. Los niños lloraban o escondían la cabeza en los vestidos de sus madres. Los milicianos trataban de serenar los ánimos y conducían a las mujeres a los portales. Muchas no querían moverse, para no perder el lugar conseguido con tanto sacrificio. Se escuchaban bombas lejanas y el ruido con que los cañones respondían desde tierra a los temibles pájaros facciosos. Una tarde un avión enemigo fué alcanzado por la metralleta leal y huyó echando una espesa cola de humo, como un cometa sombrío. Entonces los rostros se transformaron y hubo aplausos y gritos.

—¡Dadle a los canallas! ¡Que se lleve un recuerdo!
¡Inmundos fascistas!

Muchas mujeres enseñaban sus puños cerrados a los enemigos aéreos.

—¡Infames! ¡A ver cuantos niños habéis muerto!...

—¡Vaya unos tíos cochinos! ¡Aquí podía caer el piloto ese!...

La labor del Ayuntamiento de aprovisionar a la población madrileña no podía ser más difícil. Llegaba poco a Madrid y de lo poco que llegaba era preciso reservar una parte sagrada, la de los soldados en el frente. Se intentó acabar con las largas colas, que a juicio de los periódicos, eran una vergüenza para Madrid. En realidad en esos momentos de amarga prueba la cola no representaba un sistema verdaderamente democrático de abastecimiento.

Aquellas familias numerosas mandaban a todos sus miembros a diferentes tiendas y cada uno de ellos lograba obtener una ración. Porque los alimentos estaban severamente racionados. A nadie, por ejemplo, se le daba más de un cuarto de kilo de azúcar. Las familias adineradas podían mandar a sus criadas a las colas. En cambio aquellas mujeres pobres, madres de varios hijos, muchas veces no podían abandonar la casa para ir a formar en las colas y se veían así privadas hasta de lo más indispensable. Se ideó entonces la tarjeta de abastecimiento, que obtuvieron todas las familias de Madrid. En ellas se anotaban las provisiones adquiridas, con su fecha y cantidad, a fin de que el reparto se hiciera en forma más equitativa, terminando con los abusos.

Había, aparte de la escasez, otro factor en contra. Algunas instituciones políticas habían constituido Comités de Abastos. Cuando el Ayuntamiento decidió tomar por sí solo y bajo su entera responsabilidad el abastecimiento de Madrid, la mayoría de esos Comités fueron disueltos por las organizaciones. Persistieron sin embargo, en desarrollar su tarea algunos grupos extremistas apolíticos, que entrababan así, con su actitud de resistencia, la labor oficial. La tarjeta de abastecimiento no pudo ser empleada, como se pensaba, desde el primero de noviembre. No entró en uso hasta unos veinte días más tarde, cuando el Ayuntamiento asumió la dirección totalitaria del abastecimiento de Madrid. Esos días, los últimos del mes de Noviembre, había en Madrid más provisiones y su reparto, obedeciendo a normas generales, se hacía con mayor equidad. Algunos productos indispensables, como el vino y el café, no se hallaban, sin embargo. Llegaba un miliciano del frente y refería a sus vecinos:

—Hoy tuvimos que derramar noventa arrobas de vino...

—¡Toma! ¡Pero estáis locos? Y aquí que no tenemos una gota... Es un pecado tirar el vino.

—¡Pero qué te crees tú!, decía el miliciano.—Es que hubo un avance del enemigo. Como no lo podíamos lle-

var, lo tiramos. ¿O lo habrías dejado tú para que se lo bebieran los moros? . . .

—¡Coño! Si es así. . . Haberlo dicho antes.

Debo decir que el Municipio de Madrid había adoptado medidas especiales, en este aspecto del aprovisionamiento, en favor de los extranjeros. Había una tienda destinada a abastecer a las representaciones diplomáticas y consulares y a los extranjeros en general. Se les exigía a éstos sus documentos y una autorización del Consulado respectivo. Así, mientras los madrileños carecían de azúcar, de papas, de judías, los extranjeros las tenían, en cantidad prudencial, se entiende; pero en fin, no carecíamos de estos indispensables elementos. Hasta era posible conseguir carne, sin hacer la cola, en el Matadero. Sólo que este establecimiento estaba situado en las afueras de Madrid.

Cuando leo en los diarios que el Gobierno español ha maltratado a los extranjeros en la capital, repaso en mi memoria la situación de todos los chilenos que vivían en Madrid. A tres de ellos les fueron requisados sus automóviles, como a todo el mundo. Se gestionó diplomáticamente su devolución y el asunto andaba en trámites. El Ministerio de Estado prometió, por otra parte, indemnizar a todos los extranjeros cuyos bienes hayan sufrido con la revolución. ¿Y qué más? Inútilmente pienso en daños que puedan haberles ocurrido. ¿A quién le han registrado la casa? ¿A quién han apresado? Sigo repasando in mente y no encuentro nada, nada que pueda justificar esas cosas que han dicho los diarios en contra de las milicias republicanas,

CAPITULO X

LA MUERTE EN LAS CALLES

A mediados de Octubre arreciaron los bombardeos aéreos sobre Madrid. Ya no se trataba de lanzar bombas sobre los aeródromos. Los aviones nos visitaban todas las noches y casi todos los días también. El primer bombardeo sobre la población indefensa, es decir el primer bombardeo cruel y deliberado, tuvo lugar un día viernes por la tarde. Los aviones buscaron las colas más numerosas y sobre ellas lanzaron sus toneladas de metralla. Otros aviadores se elevaban a gran altura, donde no podían ser alcanzados por los cañones antiaéreos y dejaban caer las bombas, sin importarles el sitio donde fueran a explotar. Una bomba cayó sobre una guardería infantil, matando a varios niños. Las otras habían explotado, una en la calle de Preciados, otra en Fuencarral y una tercera en la calle de la Luna. De las reuniones de mujeres que esperaban su turno para adquirir alimentos sólo quedaron trozos de carne quemada, hacinaamientos de cadáveres. Tuve oportunidad de hablar con un estudiante de medicina que trabajaba en un hospital de sangre y me contó que la acción aérea había causado cerca de trescientos muertos y el doble de heridos. Los periódicos protestaron indignados contra el salvaje bombardeo, aunque sin precisar el número de víctimas. Recuerdo un vibrante artículo de la diputada comunista Dolores Ibarruri (Pasionaria) haciendo un llamamiento al mundo contra la repetición de actos de esta naturaleza. El artículo tuvo indudablemente gran eficacia, por la sensatez de su expresión y por la personalidad de su autora. Figura querida del proletariado universal, Dolores Ibarruri ha sido en la guerra civil es-

pañola una animadora de las fuerzas obreras en lucha contra los moros y legionarios. Cuando la moral decaía, se la podía ver en el frente, fusil en mano, animando a sus camaradas, invitándolos a la lucha, peleando ella misma a la cabeza de todos. Ha sido también quien ha dado las consignas. Suyas son algunas frases que hoy circulan en todas las bocas. Las mujeres de Madrid desfilaron, en los días más negros de la guerra, llevando grandes estandartes en los que se leía: "Preferimos ser viudas de héroes antes que esposas de cobardes". Suyo es el "¡No pasarán!", frase simple, frase de aliento, de fe, que se repiten los milicianos antes de entrar al combate, frase con que se dan valor las esposas, las hijas, las madres y las novias de los combatientes, mientras transcurren las horas de prueba en la retaguardia.

Los intelectuales más insospechables, gentes alejadas de la vida política, al margen incluso de la lucha planteada, manifestaron al mundo la vergüenza que sentían de que otros españoles hubieran caído en la tentación de cometer una vileza así. El propio don Ramón Menéndez Pidal, gloria de las letras castellanas, exteriorizó sus sentimientos de repulsa. El Cuerpo Diplomático residente en Madrid protestó también en un comunicado dirigido al Ministro de Estado y en el cual "lamentaba no contar con medios para impedir la repetición de esos hechos".

Entretanto el Gobierno había recibido, por fin, aviones del extranjero y cuando menos, podía hacer frente a estos ataques. La población de Madrid no estaba desamparada totalmente. Llegaban las visitas de los aviones rebeldes y muy pronto aparecían en el horizonte los "cazas" leales, que salían a buscarles batalla. Pregunté a un capitán de milicias si no había buenos artilleros para manejar los cañones antiaéreos y me respondió:

—La defensa con cañones y ametralladoras antiaéreos es muy relativa, muy limitada. Se pueda defender del bombardeo un objetivo militar, un cuartel, un ministerio, un edificio dado, pero no una ciudad entera. Imagínese usted. Se trata por ejemplo del Ministerio de la

Guerra que va a ser atacado por los aviones rebeldes. Las defensas antiaéreas comienzan a funcionar y su papel debe limitarse a formar, a una altura dada, una especie de círculo de fuego sobre el Ministerio. El avión enemigo no puede penetrar en ese círculo, porque fatalmente sería alcanzado por los proyectiles. Su acción es, pues, imposible y el Ministerio de la Guerra no será bombardeado. Pero lo que es posible hacer con un edificio no puede hacerse con una ciudad entera. Imagínese usted . . . ¿Cuántos cañones antiaéreos se necesitarían para proteger todo Madrid? . . .

—Si es así, los cañones antiaéreos no disparan directamente sobre los aviones . . .

—Si, también lo hacen, pero es muy difícil que den en el blanco. Generalmente los aviones no son tocados. Usted ve, agregó, a la altura que vuelan estos miserables . . .

El bombardeo de las mujeres y niños había producido indignación en el mundo entero. De Londres, de París, de Bruselas llegaban mensajes protestando contra el salvaje atentado. Indalecio Prieto, Ministro del Aire, publicó un comunicado expresando que la aviación del Gobierno limitaba su acción a objetivos de tipo puramente militar. Bombardeaba aeródromos y cuarteles, no poblaciones civiles; iba contra soldados, no contra mujeres y niños a la hora en que éstos buscan su alimento. Y efectivamente, a juzgar por las noticias que publicaban los periódicos de Madrid, los aviones gubernamentales habían realizado una acción de enorme eficacia. Aeródromos enemigos fueron destruídos totalmente, pereciendo en uno de estos ataques cuarenta aviadores faciosos. En los combates aéreos parece ser que los rebeldes llevaban la peor parte.

Casi todas las noches había que levantarse, no ya avisados por las sirenas de alarma, sino por el ruido de los propios aviones enemigos. El cerco de Madrid iba estrechándose, los frentes de batalla se habían aproximado a la ciudad, y ya el aviso, desde la línea de fuego, de la presencia de aviones enemigos era casi inútil. No se producía sino cuando la aviación rebelde estaba a las

puertas mismas de la ciudad. En cuanto a las "salchichas" . . . habían sido destruidas. Justamente estaba yo trabajando en las oficinas del Consulado de Chile, una tarde, cuando me tocó presenciar esta acción militar, que fué de un trágico interés. Desde la ventana veíamos los aviones rebeldes muy cerca, a unos seiscientos metros. Ya ni siquiera bajábamos al sótano, a pesar de hallarnos a considerable altura. A todo se habitúa el hombre, hasta al peligro de un bombardeo. Se repetían estos con tanta frecuencia que muchas veces ni siquiera nos movíamos. Esa tarde vimos venir dos aviones facciosos y volar muy bajo sobre el Paseo de Rosales, como buscando algo, como observando un determinado objetivo. Recordé que era allí donde se guardaban, más o menos camufladas entre la vegetación, las "salchichas" avisadoras del peligro. De pronto los aviones descendieron apresuradamente, casi en línea vertical y empezaron a oírse detonaciones y pequeñas explosiones de bombas. Era algo cruel y abusivo el modo de los pájaros enemigos de lanzarse contra los aparatos ocultos. Recordé que en el campo chileno suele verse el tiuque cuando se deja caer sobre un indefenso polluelo. Algo parecido, algo cruel, fatal, inevitable. Nadie, nada, ni cañones anti-aéreos ni aviones leales, interrumpió la labor de destrucción. Operaron los pilotos enemigos con certera tranquilidad y luego se elevaron y desaparecieron hacia el sur. Por la tarde supe que de los globos no quedaba sino un hacinamiento informe de metal y de tela . . .

Por las noches Madrid no encendía las luces ni caía a la calle el más mínimo reflejo desde las ventanas. El invierno de días cortos hacía su aparición, las tabernas y cafés cerraban sus puertas a las siete. Después de esa hora era prácticamente imposible andar por las calles; se corría el riesgo de estrellarse contra las paredes o contra los árboles. Toda la vida parecía morir a las siete. Salir al portal era salir a una oquedad, a un pozo de sombra, a un túnel permanente. Había pues que recogerse y pasarse las horas inmóvil, entregado a la lectura, entregado a la inquietud, que no podía alejarse del corazón. Estábamos todo el tiempo esperando los aviones. A cau-

sa del frío no era posible abrir las ventanas que daban al patio y los ruidos de fuera llegaban muy ahogados. Los aviones enemigos no se sentían, pues, sino cuando estaban muy cerca, sobre nuestras mismas cabezas, o cuando recibían el saludo de las ametralladoras antiaéreas. Entonces rápidamente, con la seguridad que da el hábito, y en medio de la oscuridad profunda, bajábamos hacia el sótano, hasta que el peligro se alejaba.

Nadie dormía, por precaución, desnudo. Había que conservar los pantalones puestos, cuando menos, y un par de zapatillas, para los casos de alarma nocturna, que eran ¡ay!, tan frecuentes. Entonces, fuera agudo el frío o pesado el sueño, era preciso salir.

Las bombas enemigas habían causado serios daños en la Estación del Norte, en la de Atocha, en algunos edificios centrales y también en algunos barrios obreros de las afueras, como en Vallecas. Un avión contrario fué abatido en Vallecas por los "cazas" leales y el piloto hecho prisionero. El júbilo popular se manifestó entonces de distintos modos. Alrededor del esqueleto incendiado del aparato (no recuerdo si era un Junkers o un Capronni) chiquillos y mujeres lloraban de alegría. Hasta se cantó. Cuando llegaron los fotografías de los diarios un buen gentío exteriorizaba su entusiasmo y se retrató con el puño en alto.

Supe también que otro día, desde un avión derribado por el fuego leal en un frente cercano a Madrid se lanzó, con paracaídas, un piloto enemigo, que cayó en manos de los milicianos, los cuales lo fusilaron. El Gobierno impartió enérgicas órdenes en el sentido de respetar la vida de todo aviador que cayera en las filas leales, y así se hizo en adelante. Los diarios publicaron, entre muchos otros casos que no recuerdo exactamente, el de un piloto extranjero, que al caer a tierra se rompió una pierna. Los milicianos lo condujeron a un hospital, para su curación. No menos de diez aviadores italianos o alemanes eran prisioneros de guerra del Gobierno.

No se me olvida la macabra ironía de los aviadores desleales, allá por mediados del mes de Noviembre.

En efecto, una mañana en que volaban sobre Madrid los aviones rebeldes, se vió desprenderse de uno de ellos un paracaídas conduciendo algo. El aparato y su cargamento llegaron a tierra sin novedad. Era un ataúd negro con el cadáver de un joven piloto español llamado Juan Antonio Galarza, que había caído prisionero. El cadáver estaba mutilado. Sobre este hecho nada se puede decir, nada que no sea el horror y la repulsión. Cuando más podría uno preguntarse si es propio de cristianos un acto así; si mutilando aviadores y exhibiendo sus cadáveres es como se lucha por la "civilización cristiana occidental", según la fórmula creada por don Miguel de Unamuno y adoptada de inmediato por el General Franco.

CAPITULO XI

SITIO DE MADRID.—VIAJE A VALENCIA Y BARCELONA.—DONDE DOMINAN LOS ANARQUISTAS

El sitio de Madrid comenzó según los datos oficiales el 6 de Noviembre. De hecho estaba sitiada la capital mucho antes. El enemigo se hallaba tan próximo, en efecto, que habían empezado a entrar en juego las baterías situadas en la ciudad misma. Día y noche los cañones emplazados en el Paseo de Rosales hacían fuego contra el adversario, metido ya en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria. Hubo momentos de angustia en que muchos creímos perdida la capital. ¡No sé por qué prodigio de esfuerzo y de valor no cayó Madrid a principios de Noviembre! Desde las ventanas altas, por la noche, se veía la bocanada de fuego que arrojaban los cañones. No cesaba en el día, sino algunas horas, su espantosa canción. La cabeza se iba llenando de estampidos, del martilleo horrendo del cañón. En la ciudad, dentro de ella, comenzaron a caer trozos de metralla rebelde.

La situación era angustiosa. Aunque políticamente se había despejado el horizonte, con el ingreso de los anarquistas en el Gobierno, militarmente había serios temores. La C. N. T., a la cual se invitó a formar parte del primer Gobierno Largo Caballero, había rehusado entrar en él. La palabra "Gobierno" es algo que produce náuseas a los ácratas. Para ellos, el ideal político es la muerte del Estado y su reemplazo por organizaciones de tipo sindical. La verdad es que en la actualidad, cuando todos los sistemas políticos tienden hacia el ro-

bustecimiento del Estado, hacia el fortalecimiento del Gobierno, sean ellos socialistas o fascistas, los ácratas son los únicos que piensan en la ilusión de una vida individual completamente autónoma, de un comunismo libertario imposible en el mundo actual.

Pero en fin, veían los anarquistas la necesidad imperiosa de no estar ausentes de las responsabilidades y propusieron entonces el reemplazo del Gobierno por Consejos de Defensa, de tipo regionalista, lo cual naturalmente fué rechazado por el Frente Popular. Transigió entonces la F. A. I., y aceptó entrar en el Gobierno, reclamando para sí las principales y más importantes carteras del Gabinete (Guerra, Hacienda, etc.). Tampoco cedió Largo Caballero, y los anarquistas rebajaron sus pretensiones y se contentaron con una cifra proporcional a sus fuerzas. Con este hecho no hubo ya más grupos que operaran por su cuenta y el orden público se restableció por completo.

Militarmente las cosas no marchaban bien, como he dicho. El Presidente Azaña había abandonado Madrid para instalarse en Barcelona y no faltó quien manifestara su disconformidad con el viaje y hasta su desconfianza. Yo reflexioné mucho sobre él, rechazando desde luego la absurda hipótesis de que se hubiera alejado por miedo. Nadie se va por miedo cuando es jefe de un Estado cuyo destino político se está decidiendo, ni menos un hombre del temple de D. Manuel Azaña. Pero en fin, si el Presidente iba a Cataluña, por algo era. La situación militar se tornaba peligrosa. ¿Temió acaso Azaña que entrara el enemigo en Madrid y se apoderara del Gobierno y de su propia persona? En ese caso, es posible que Cataluña se hubiera declarado independiente. Había que contemplar esa situación. Estando Azaña en Barcelona, nada hubiera importado —políticamente— que el Gobierno cayera en manos de los rebeldes. El Presidente, cumpliendo su prerrogativa, habría nombrado otro Gobierno, y nada más. ¿Fueron éstas las causas? ¿Fué la unidad de España la causa que impulsó a Azaña a salir de Madrid y dirigirse a Barcelona?

El día 6, a su vez, el Gobierno se trasladó a Valencia, explicando en un manifiesto las causas de su viaje. Una Junta de Defensa, con representantes de todas las organizaciones políticas republicanas y obreras, quedó actuando en Madrid, como una prolongación suya, bajo la presidencia del General Miaja.

La Alianza de Escritores Antifascistas recibió también órdenes de dirigirse a Valencia. Sólo quedaron en Madrid cuatro o cinco escritores, aparte de los que estaban enrolados en el ejército popular, que ya empezaba a tomar la consistencia de una verdadera armada.

El día 7 de Noviembre fué uno de los más duros. Muy temprano comenzó el cañón a tronar y no cesó en todo el día. Los aviones nos visitaron varias veces, lanzando sus huevos mortíferos. (Después he sabido que nunca como el día 7 tuvo el ejército rebelde la oportunidad de tomarse Madrid, nunca estuvo tan cerca de su objetivo).

En esas duras circunstancias decidí salir de Madrid, con mi familia. Esa misma tarde obtuve salvoconductos del Ministerio de la Guerra y a la madrugada siguiente salimos en un automóvil diplomático. El viaje hasta Valencia no ofreció novedades casi. A la salida de Madrid había controles obreros para impedir la fuga de elementos facciosos o de españoles en estado de cargar armas que pretendieran alejarse del foco del peligro. Se había dictado, días antes, una ley de movilización general para todos los ciudadanos comprendidos entre los veinte y los cincuenta años, y si alguno pretendía dejar Madrid, era detenido por las milicias, salvo que llevara sus documentos en regla.

En vez de seguir el camino normal hubo que hacer una vuelta que aumentó el camino en unos cincuenta kilómetros. Se decía que ofrecía peligro la pasada por el pueblo de Arganda, a unos cuarenta kilómetros de la capital o algo así. El viaje hasta Valencia duró unas ocho horas. Llegamos fatigados, con el coche cubierto de polvo. En casi todos los pueblos por donde pasábamos éramos detenidos en puestos obreros levantados a la entrada y a la salida. En Tarancón, una ciudad

de cierta importancia, fué necesario que llegara yo hasta el local donde funcionaba el Comité Obrero, para que me pusieran el sello en el salvoconducto. Había una larga cola de hombres que debían abandonar el pueblo, y que esperaban su turno.

—¿Qué quieres, camarada?, me preguntó un joven alto, de tipo céltico.

—Necesito que me selléis el salvoconducto, respondí.

—¿A dónde vas?

—A Valencia.

—¿Eres extranjero?

—Sí.

—Entonces entra por aquí.

No tuve necesidad de hacer cola y unos minutos más tarde estábamos de nuevo en marcha por la carretera. No sabía yo que unos días después me ocurriría algo muy desagradable en Tarancón, en ese mismo pueblo donde hallaba entonces acogida cordial.

Valencia presentaba un animadísimo aspecto. Me lavé un poco y salí a la calle. En todas partes había grupos de gente. En los cafés una animación que no veía yo hacía tiempo. Muchos valencianos vestían el traje de los milicianos de la República, que no era ya el simple mono azul de los días de verano. El frío había complicado las cosas. Se veían muchos gorros de piel, con insignias metálicas de la hoz y el martillo, muchas cazadoras de cuero, muchas chaquetas de gruesa tela, llamadas "canadienses". Algunas mujeres iban también ataviadas así y llevaban correajes y un revólver a la cintura. En las terrazas de los cafés recuperaba yo ese bullicio que se produce siempre que hay más de diez españoles reunidos y que ya había perdido en el Madrid guerrero. En las plazas había también gentíos y en los edificios públicos flameaban la bandera republicana con la regional, la bandera de listas rojas y amarillas de Valencia. En las esquinas se vendían insignias de todos los partidos, o gorros milicianos o cinturones o cartucheras. Los cines funcionaban normalmente. En Madrid en cambio sólo persistían cuatro o cinco, que daban funciones por

la tarde, exhibiendo películas soviéticas, bajo el patrocinio del Ministerio de Instrucción; films de tipo revolucionario destinados a afirmar la moral popular. Se exhibía por ejemplo "Los marinos del Cronstad", que relataba un episodio de la revolución rusa. Tanto emoción causó esta película en el ánimo de los soldados que más tarde, un joven marinero leal, repitió, en el frente de batalla, las hazañas guerreras que había visto en la tela. En efecto, él solo, con un heroísmo que pone los pelos de punta, inutilizó, usando bombas de mano, cuatro tanques enemigos. Días más tarde, una bala rebelde lo tumbó para siempre. Se le llamó "el marino del Cronstad" y su retrato pasó a figurar en la iconografía popular junto a los de Largo Caballero, Azáña, Mangada, Galán, etc. Exhibían también "Lenín, genio de la revolución", y otras películas de filmación soviética cuyos títulos no recuerdo.

Solamente a partir de las nueve de la noche Valencia daba la sensación de una ciudad en guerra. El alumbrado a gas no se encendía, por su dificultad para apagarlo en un momento dado. Había otros faroles con los cristales pintados de azul. La alimentación era más o menos normal. El azúcar escaseaba un poco y estaba racionada en los cafés. La comida de guerra, dos platos y fruta, devolvía el ánimo a cualquiera que hubiera vivido en Madrid, donde la carne era tan difícil de obtener.

Por aquellos días había comenzado, aunque en escala muy pequeña, la evacuación de Madrid.

La gran mayoría de los niños de las escuelas, por ejemplo, había sido trasladada a Levante y repartida en las casas de vecinos de buena voluntad. Era tan difícil encontrar alojamiento en Valencia. Yo me había instalado en una pensión de la calle de las Barcas, frente al hotel en que se hospedaba el Gobierno. No me sentía, por cierto, muy a cubierto de los bombardeos. Si a la aviación facciosa se le ocurría atentar contra la vida de los Ministros, . . . yo estaba a veinte metros de ellos. . . Pero, en fin, se trataba de un par de días, puesto que mi proyecto era el de seguir a Barcelona.

Me acosté muy temprano, cansado del viaje, y me

dormí profundamente. A las dos de la mañana me desperté violentamente por el ruido de unos golpes dados en la puerta. Soñoliento y disgustado me levanté y abrí. Eran tres milicianos uniformados, acompañados del dueño de la pensión.

—¿Ha llegado usted de Madrid, compañero?, me preguntó el que hacía de jefe de ellos.

—Sí, respondí. Soy extranjero.

—Haga el favor de enseñar sus documentos.

Les pasé mi pasaporte. Dentro de él había una fotografía de mi pequeño hijo. Casi no examinaron el documento. La fotografía en cambio fué para ellos motivo de alegría. La miraron los tres y cuchicheaban algo que no alcancé a oír. Me devolvieron luego el pasaporte y se marcharon.

—¿Quiénes son?, le pregunté al dueño de la pensión, una vez que se hubieron ido.

—De la C. N. T., me respondió simplemente.

—¿Estos, me dije, son los anarquistas, los terribles anarquistas? ¿Estos que se conmueven con la fotografía de un niño?

Dos días más tarde tomé el tren hacia Barcelona, donde llegué, después de varias horas de viaje. No conocía yo la gran capital catalana y tuve profunda impresión al recorrer sus calles, las Ramblas, las avenidas interminables, los paseos y el barrio marítimo. Algunas iglesias, entre ellas la de Santa María del Mar, habían sido incendiadas. Me refirieron episodios muy interesantes de la lucha que sostuvo, durante cuarenta y ocho horas, el pueblo barcelonés contra el ejército sublevado en las calles de la capital, hasta dominar la rebelión. Fueron momentos horribles, me contaban. Los anarquistas se tomaban cañones a mano. Acallar una ametralladora colocada por los rebeldes en lo más alto del monumento a Colón—una columna de cuarenta metros—costó mucho trabajo y muchas vidas. Los anarco-sindicalistas, me refería un chileno, obraban aquellos días por su cuenta y riesgo. Una pareja se había apoderado de un cañón y lo disparaba cuando creía necesario...

Lástima de Santa María del Mar. Era una vieja

iglesia construída por marineros, los cuales fueron trayendo las piedras, por sus manos, desde un monte cercano. Dentro había barcos de pequeño tamaño, construídos por los navegantes catalanes y llevados allí como penitencias. . . Parece ser, por lo que me contaron, que la lucha en ese sector de Barcelona, fué verdaderamente trágica. Cuando yo estuve allí, había en las puertas de la iglesia un aviso advirtiendo que existía peligro de derrumbe.

En Barcelona nada había cambiado, aparentemente. La vida seguía su curso normal, el comercio, las industrias, los tranvías, los autobuses, la iluminación, los cines, los teatros, los cabarets y establecimientos nocturnos. Los cambios no eran en realidad, formales, sino fundamentales. Los tranvías y los autobuses corrían, pero no animados por la fuerza capitalista de antes, sino en manos de los obreros, reunidos en Comités de fábricas y sindicatos. La transformación afectaba a toda la gran propiedad y la gran industria, a todo servicio de utilidad colectiva o pública. Así por ejemplo, rápidas y decisivas leyes del Gobierno que se formó después de los días azarosos de la rebelión, habían acabado con la casta rentista. No existían ya personas que vivieran de sus rentas, sino de su trabajo. Esto tocaba por igual a los que se habían distinguido como desafectos al régimen y a aquellos que, por el contrario, habían luchado por la República y por la autonomía de las provincias catalanas. Citaré, porque lo conozco, el caso del ilustre político catalán Luis Nicolau d'Olwer. Perseguido durante la monarquía, muchas veces debió hacer a pié, disfrazado de campesino catalán, el camino de Francia. En el exilio seguía luchando por la implantación del régimen republicano. Fué uno de los firmantes del pacto secreto de San Sebastián que, como se sabe, determinó la caída, por métodos evolutivos, de la monarquía española. Al formarse el primer gobierno de la República, Nicolau fué llamado a la cartera de Economía, una de las más importantes en cualquier país. Durante el bienio negro continuó luchando, desde la presidencia de un partido, que era a Cataluña lo que Izquierda Repu-

blicana al resto de España, y desde su asiento de diputado a Cortes. Al triunfar el Frente Popular quiso el Gobierno seguir aprovechando sus conocimientos en el orden financiero y lo llamó a la gobernación del Banco de España. Pues bien, vencida la rebelión, el Gobierno revolucionario que se formó, procedió a incautarse de todas las propiedades de renta y entre ellas de las que poseía Nicolau. Hablando con una persona muy cercana del gobernador del Banco de España, le pregunté:

—¿Y qué piensa Nicolau de todo esto? ¿Le ha afectado mucho la pérdida de sus propiedades?

—No. El sabía que tarde o temprano eso tenía que llegar,—me respondió,—por la fuerza misma de los acontecimientos. Y no era él, en el fondo, un revolucionario, quien iba a oponerse a la marcha de la revolución, porque la revolución le perjudicara personalmente en sus intereses.

Todo marchaba admirablemente en Barcelona. A primera vista nada había cambiado. En el fonda nada permanecía igual. Noté que algunas mujeres iban con sombrero, lo que por cierto no ocurría en Madrid. Me explicaron entonces que las señoras barcelonesas, temerosas como las de Madrid, habían adoptado esa costumbre; pero luego, las modistas, que veían seriamente disminuido su trabajo, iniciaron una campaña para obtener que el sombrero volviera por sus fueros. Ellas mismas, que nunca lo habían usado, porque en España no se acostumbra que obreras, pequeñas burguesas, estudiantes, etc., lleven sombrero, lo llevaban, para dar el ejemplo.

Había un organismo que expedía salvoconductos para salir de Barcelona a los residentes o para circular por Barcelona a los forasteros. Fui a pedir el mío, acompañado de un funcionario del Consulado de Chile, y me quedé asombrado de la rapidez con que me lo dieron. Es que el catalán es un ser en quien domina, ante todo, el espíritu práctico. No se va en palabras, sino que se desvive en hechos. Es ejecutivo, expeditivo, serio y rápido en su trabajo. Comprobada mi identidad, antes de dos minutos tenía ya el documento en mis manos.

Tanto en Barcelona como en Valencia los anarquistas habían emprendido una campaña escrita de saneamiento moral de la gente. Ví grandes carteles en que se leían frases como estas. Tal vez literalmente no sean así, pero el espíritu es el que cito:

El bar denigra al individuo, ¡Cerrémoslo!

El café fomenta el ocio. ¡Cerrémoslo!

El cabaret es la antesala del prostíbulo. ¡Cerrémoslo!

El cine es frívolo. ¡Démosle un sentido social o cerrémoslo!

No se si se habrá llegado a la resolución de este interesante programa. Desde luego hay muchas circunstancias económicas que se oponen. Pero me parece que la tenacidad que ponen los anarquistas en sus cosas terminará por vencer los inconvenientes y triunfar.

La socialización de las empresas cinematográficas había dado por resultado que en toda Cataluña los precios de los cines experimentaran una considerable rebaja, mientras los programas aumentaban en cantidad y calidad. La mayor parte de los cines de Barcelona, por ejemplo, exhibían tres películas de largo metraje, de gran categoría cinematográfica, a sesenta céntimos cualquier localidad. En uno se daban las siguientes películas: "Fueros humanos", "El velo pintado" y "Tiempos Modernos", con una duración de más de tres horas. Además, con el objeto de dar trabajo a todos los músicos desocupados, era obligatorio que antes de la función y en el intermedio, orquestas formadas cuando menos por seis músicos, tocaran. Se ejecutaban canciones revolucionarias o patrióticas como "El Himno de Riego", "La Internacional", el himno anarquista "Hijos del Pueblo", etc., etc.

Barcelona me dió una sensación de seguridad, de avance, de estarse adelantando al resto de España. Como en Madrid, no había iglesias en funciones. Todas habían sido incautadas por las masas populares. En los conventos se instaló a los niños madrileños que por la fuerza de las circunstancias habían llegado a la capital catalana.

CAPITULO XII

REGRESO A MADRID.—BOMBARDEO EN TARRANCON

En Barcelona leía yo con angustia las noticias que se referían a Madrid sitiado. Por circunstancias que no es del caso explicar tuve que volver a la capital de España. El sábado 13 de Noviembre tomé el tren hacia Valencia, donde llegué el domingo 14. Salir de Madrid no era fácil pero volver a él era todavía mucho más dificultoso. Todo el domingo estuve haciendo gestiones sin resultado, para conseguir que algún automóvil me llevara a Madrid. En la noche de ese día, crucé la calle de las Barcas, donde me alojaba, y entré en el Hotel Victoria, donde estaba hospedado el Gobierno, con el propósito de hablar con el Ministro de Propaganda, un alicantino de apellido Esplá. Mientras lo esperaba que terminara de cenar me paseé por el hall del hotel. Había muchos políticos a quienes sólo conocía por fotografías aparecidas en los periódicos. Divisé también al Presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero. Vestía un traje gris de tono oscuro y en la solapa llevaba una franja negra, el luto por su esposa, que murió mientras él se hallaba procesado por el bienio negro.

El Ministro me acogió muy cordialmente y una vez que le expuse mi deseo, me manifestó que a la mañana siguiente, a las 5, saldrían cuatro automóviles hacia Madrid. En uno de ellos podría ir yo.

—Confíe, me dijo.—A las cinco irá a buscarlo un coche.

—Gracias, Ministro, le respondí.

A las cuatro y media de la mañana estaba yo en pie, pero hubo una equivocación o la orden del Ministro no llegó a tiempo. No lo sé. El caso es que no pasaron los automóviles a recogerme. Todo el lunes estuve

haciendo gestiones, por intermedio de algunos amigos, buscando la forma de seguir viaje. En la tarde, cansado ya, me metí en un cine, y estuve un par de horas en su tibio clima, siguiendo las peripecias de una película americana. ¡Qué descanso! Hacía muchos, muchos días que no pasaba momentos tan gratos. El martes tampoco pude salir, pero en la tarde del miércoles 18, salía hacia la capital una caravana de cuatro automóviles del Ministerio de la Guerra y en uno de ellos encontré sitio. Iban también a Madrid tres periodistas extranjeros, dos belgas y un checoslovaco. Me tocó ir en el mismo coche que este último. Era un joven rubio, alto. No hablaba ni una palabra de español. Durante el camino nos cruzamos con muchos camiones que venían de Madrid, con dirección a Valencia, llevando mujeres y niños. Comenzaba la evacuación de la población civil madrileña. La capital estaba en duro peligro. Yo no me preocupé de contar el número de los camiones, pero los periodistas sí. Me dijeron que habíamos cruzado con más de ochenta vehículos.

Cuando llegamos al pueblo de Tarancón eran las siete de la tarde, el cielo se había oscurecido, uno de los automóviles no llevaba una marcha todo lo rápida que hubiera sido necesario y los chóferes decidieron que pernoctáramos en ese pueblo. Nos separamos, dándonos cita para la mañana siguiente, a las nueve. Los periodistas y yo nos fuimos en busca de una posada donde pasar la noche. Llegamos por fin a la Fonda la Española, junto a la estación de los ferrocarriles y allí nos instalamos. Salimos a recorrer el pueblo, un caserío de cierta extensión. Entre la gente que paseaba por la calle principal, vimos un buen número de muchachos vestidos con el uniforme de los milicianos.

Regresamos a la fonda, a comer. Numerosas familias que venían de Madrid, con dirección a Valencia, estaban ya instaladas en los comedores, dispuestas a comer y pasar la noche allí.

—¿No vienen los aviones enemigos a Tarancón?
pregunté a un muchacho que servía a la mesa.

—¿Aquí? ¿Qué va! . . . , me respondió.—Es un pueblo muy pequeño para merecer ese honor . . .

—Sin embargo hay bastantes milicianos.

—Un regimiento . . .

—¿Llevan desde aquí provisiones para Madrid?

—Sí, carne y otras cosas. Hay también depósitos de gasolina, que traen desde Levante. Desde aquí se reparte.

Cuando terminamos de cenar estábamos cayéndonos de sueño, mis compañeros y yo, y nos fuimos a la cama. Mi cuarto era el número 13 de la fonda. Me acosté y me dormí como una tortuga en el invierno, cansado de tantas horas de automóvil y movimiento. Creo que eran las dos de la mañana cuando me despertó el clásico runrún de los aviones. Me incorporé en la cama, asustado. El rumor seguía. —Será un avión, pensé, que va hacia Madrid . . . No lo era. El ruido de una bomba cercana me dió el desmentido. En treinta segundos me vestí ligeramente, me puse mi abrigo de cuero, pues hacía un frío tremendo, y bajé, por pasillos y escaleras complicadísimos al primer piso. No sé cómo pude llegar, en medio de la oscuridad en que estaba sumido el hotel. Otras bombas se oyeron. Voces angustiadas se escuchaban en la fonda, pasos precipitados, carreras.

—¡Al sótano!, gritaba alguien.

Pensé que era ridículo bajar al sótano en una casa de dos pisos como esa, y salí rápidamente al campo. El avión, eran dos, pero yo no veía desde donde estaba sino uno, seguía dando vueltas sobre el pueblo, en medio de un cielo negro, negro, cargado de nubarrones espesos. Era una luz roja, una avispa de cuerpo rojo, volando con su ruido que me llenaba totalmente los oídos, que me penetraba en el corazón. Los bombardeos que yo había sufrido en Madrid eran distintos. Cuando se está en el sótano de un alto edificio no se tiene la visión de los aviones, no se puede apreciar en toda su trágica extensión el bombardeo. Aquí estaba a campo traviesa, junto a un muro pintado de cal, tendido de espaldas en la tierra, mirando al enemigo, que insistía. El pueblo estaba oscuro. De la fonda salían voces, gritos,

Se oyeron otras explosiones. Yo no despegaba mis ojos del avión y cuando este se aproximaba al sitio en que yo permanecía, me daban deseos de echar a correr . . . Pero me acordaba de los consejos a los combatientes que frecuentemente aparecían en los periódicos: "Una bomba en el campo no es peligrosa; hay que tenderse en tierra, con la cara hacia abajo, y cubrirse la nuca con las manos. La metralla no te hará nada, pasará por encima de ti. Echando a correr es como arriesgas tu vida, preciosa para ti, para los tuyos y para la República". No me moví, pues. Esperaba, esperaba . . . De pronto oí un silbido, . . . Era la primera vez que escuchaba silbar una bomba. Cayó no muy lejos. Otro silbido, un silbido de varias U juntas, un prolongado silbido, y luego el estallido feroz de la bomba, a cien o pocos más metros de mí. Yo no estaba tendido de boca sino de espaldas. La luz roja del avión me fascinaba y no podía despegar los ojos de ella. Mi cabeza dió contra el suelo, toda la tierra pareció estremecerse . . . Y el avión seguía con su rúmor afiebrante . . .

Dió unas vueltas más y luego se alejó. Una a una volvían a la fonda las sombras de los huéspedes. Al entrar me encontré con los periodistas europeos. Habían tenido la misma idea que yo. Por la escala del sótano subían mujeres y niños. Hubo otra alarma y nuevas carreras. Después los dos visitantes parecieron alejarse definitivamente.

—Ya estábamos avisados, se oyó decir a alguien. —Por eso las luces del pueblo habían sido apagadas. Desde Cuenca, donde también estuvieron bombardeando, se habló por teléfono que los aviones venían hacia acá . . .

—¿Y qué objetivo perseguían?, me preguntó uno de los periodistas.

—¡Hombre! La gasolina, le respondí. — Querían hacer explotar los depósitos de gasolina.

En esos momentos se suscitó una discusión. Parece ser que durante el bombardeo las luces de un automóvil habían sido encendidas, lo que desde luego entrañaba un serio peligro para todos cuantos nos hallába-

mos en la fonda. Un teniente de milicianos que alojaba allí comenzó a ejercer su autoridad. Se sentó en una mesa del comedor y pronto quedó constiuído algo así como un pequeño tribunal.

—¿Cuántos extranjeros hay aquí?, preguntó el teniente.

Nos adelantamos los periodistas y yo.

—¿Sus documentos?

—Teniente, le objeté.—¿Por qué no interroga antes al dueño del automóvil? No tendría nada de raro que hubiera sido él quien encendió las luces.

—Sus documentos, repitió imperturbable.

Enseñamos nuestros papeles, y se manifestó satisfecho.

—¿Quién es el dueño del coche?, dijo en seguida. Eché una mirada de triunfo a los presentes.

—¡El dueño del coche!, gritó una vez.

Poco después llegó el propietario, creo que un médico, o algo así, que viajaba en misión oficial.

—He sido yo, camarada, dijo.—En realidad mi coche tiene un contacto especial y cuando se abre la puerta se enciende automáticamente la luz. Fui a buscar una linterna eléctrica para ayudar a bajar al sótano a la gente...

El asunto estaba aclarado.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano, nos echamos al cuerpo una taza de café sin leche, no la había, y salimos, mis compañeros y yo. Me manifestaron deseos de saber lo que ocurría en Madrid, y nos fuimos entonces a la Compañía de Teléfonos, para pedir una conferencia con la capital. No era posible, a menos que lleváramos una autorización del Comité Obrero. No tardé mucho en conseguirla y desde el mismo local del Comité llamé a un amigo chileno, que permanecía todavía en Madrid. Le dije que dentro de pocos minutos partiría hacia la capital y él trató de disuadirme.

—¡No te vengas!—me dijo.—Es un verdadero suicidio. La cosa es terrible. ¡En estos momentos están bombardeando Madrid! La casa del lado desde donde te

hablo está en ruinas. La bombardearon anoche. ¡No hagas la barbaridad de venirte!

Le respondí que de todos modos me iría.

Los periodistas seguían la conversación, sin entenderla, con cierta expectación.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa en Madrid?, me preguntaron.

Les expliqué en breves palabras la situación y sentí que ellos vacilaban. Finalmente los dos belgas decidieron quedarse. No se atrevieron a seguir viaje. En Tarancón ya encontrarían manera de que un vehículo los llevara hasta Valencia. Encontrarían también—me lo dijeron— modo de informar a sus periódicos sobre la situación de Madrid sin haber llegado hasta la capital. El checoslovaco y yo montamos en nuestro automóvil y la caravana emprendió su marcha hacia Madrid, una mañana nebulosa. A medida que avanzábamos, el cielo iba apareciendo más despejado. En Madrid lucía un precioso día, brillante, casi caluroso.

CAPITULO XIII

DESOLACION EN MADRID.— ESPECTACULAR COMBATE AEREO

La carretera de Valencia termina en el barrio del Pacífico, un sector obrero, de significación política profundamente proletaria. En todas las casas veíanse banderas rojas. Comprobada nuestra identidad, entramos en la capital. En las calles del Pacífico se notaba gran animación. Aprovechando la soleada mañana, algunos heridos caminaban por las aceras lentamente, apoyados en sus familiares.

—Pueden ustedes bajar aquí, nos dijeron los choferes,—y seguir en el metro hasta Madrid. Nos despedimos de ellos. Mi compañero quiso darles una propina, que ellos rechazaron indignados.

—En España no recibimos limosna, dijo uno.

Entramos en el metro con mucha dificultad. Un gentío inmenso se apretujaba en el vestíbulo. Los andenes estaban llenos de colchones, donde permanecían muchas familias, que habían quedado sin hogar a causa de los bombardeos. Me quedé asombrado. ¿Cómo podía haber cambiado tanto Madrid durante unos días que yo había estado ausente? Era un espectáculo lastimoso. Cientos de personas, mujeres y niños apretujados sobre sus camas, allí. Un gentío esperaba el paso del tren. Pasó uno tan lleno de gente que no fué posible subir. En el segundo logramos meternos, después de mucho trabajo. Dentro perdí de vista a mi compañero. En cada estación había riñas y codazos entre los que pretendían entrar y los que bajaban. Me sentía tan acalorado que cuando llegamos a la estación de la Puerta del Sol decidí bajar y seguir mi camino en tranvía. Era la de

Sol la única estación donde no se había permitido buscar refugio a las familias sin hogar. Todas las demás tenían la apariencia de hospitales de guerra, improvisados en cualquier parte. El metro en esa estación no se encuentra a mucha profundidad bajo la tierra y una bomba dirigida posiblemente al Ministerio de la Gobernación se había metido limpiamente hasta la línea, perforando el pavimento y la gruesa capa de tierra.

Pensaba tomar el tranvía en Sol. ¡Iluso de mí! Cuando subí hasta la Puerta del Sol sufrí una tremenda impresión. Contra lo normal se encontraba casi desierta. Grupos de milicianos, algunos curiosos y nadie más. No había tranvías que llegaran hasta allí. Las bombas habían perforado el pavimento. Se veían hoyos de dos o más metros de diámetro. Los rieles de los tranvías habían sido rotos, levantados a un metro de altura por el estallido de las bombas. Las primeras casas de la calle Alcalá ardían. Los bomberos luchaban a brazo partido contra los incendios, que amenazaban extenderse hasta los edificios de la Aduana y la Academia de San Fernando. En la Plaza del Carmen, a cien metros de la Puerta del Sol veíanse ruinas de casas, escombros, murallas sosteniéndose apenas. Seguí andando hasta la Gran Vía, donde enormes casas comerciales en las que mil veces había penetrado no eran ya más que escombros, escombros. ¿Dónde ir para no ver escombros? En cada barriada había muchas casas en el suelo, mucha ruina, muchos incendios, mucha desolación.

Y aquella tarea de destruir Madrid no había terminado ni llevaba camino de acabar. Un compatriota me dijo que se había impuesto por la radio de Burgos que el general Franco había designado como zona neutral el barrio de Salamanca, un trozo del Madrid elegante, donde están los locales de las embajadas extranjeras y los palacios de los nobles. La casa donde yo me había instalado, en la calle Viriato, quedaba fuera de esa zona. Después leí en la prensa una declaración del Gobierno en la que se decía que no era posible aceptar la implantación de zonas neutrales, porque eso sería como dar el visto bueno para la destrucción del Madrid

no comprendido en ellas. Además, se declaraba, aunque quisiéramos, no podríamos hacer caber a todo el pueblo de Madrid en la zona propuesta por los rebeldes.

A mi casa no podía ir. El barrio estaba comenzando a ser evacuado por orden de las autoridades. Junto a mi casa había explotado una bomba. Los proyectiles de la lucha en la Ciudad Universitaria llegaban hasta mi calle. Uno había caído en la Casa de las Flores, un hermoso edificio colectivo donde se hallaban las oficinas del Consulado de Chile. También había explotado allí una bomba de gran potencia. Los tranvías no iban ya hasta el barrio de Argüelles, que estaba quedándose solitario, abandonado.

No se veía en todo Madrid sino gentes caminando con sus colchones auestas, buscando un sitio donde instalarse, un barrio más resguardado de los proyectiles enemigos y menos atacado por los aviones. Efectivamente, teníamos nosotros allí, muy cerca, el Cuartel de la Montaña, la Cárcel Modelo de la Moncloa, una central eléctrica, y el Paseo de Rosales, donde habían sido emplazadas las baterías gubernamentales. Los aviones visitaban pues, con mucha frecuencia, ese sector.

Más o menos a las tres de la tarde, y apenas habíamos terminado nuestra modesta comida, arroz con arvejas y pan, se sintió el ruido tan temido: los aviones. Salí al portal. El rumor de motores era formidable. Los trimotores enemigos de bombardeo hacían la segunda visita del día a Madrid. Fuí contándolos. Primero aparecieron tres trimotores protegidos por unos cinco aviones de caza, cuyo aluminio refulgía al sol. En grupos así fueron llegando. Conté diez y ocho trimotores y treinta y cinco cazas. Se repartieron sobre la ciudad y pronto comenzaron a oírse explosiones. Evolucionaban, se juntaban, volaban unos minutos en formación y volvían a dividirse, cumpliendo sus objetivos. En cada portal grupos de gentes seguían las evoluciones de los enemigos. De pronto escuché exclamaciones de alegría: eran los cazas del Gobierno, "los rusos", como decía la gente, que llegaban a defender Madrid.

Un espectáculo verdaderamente impresionante,

inolvidable para mí, se presentó a mis ojos. Tal vez para no ofrecer blanco, los rebeldes se dividieron rápidamente, elevándose también. Los leales llegaban decididos. Se oía, muy lejano, muy amortiguado, el ruido de las ametralladoras funcionando. Taca, taca, taca, taca. . . Algunos huían, perseguidos rápidamente por los leales, que serían unos quince o veinte, no recuerdo con exactitud. Otros presentaban combate, se elevaban, evolucionaban como boxeadores en un ring, se movían constantemente protegiendo a los gigantes bombarderos de las balas gubernamentales. El combate continuaba y el ruido de las ametralladoras en el aire no se extinguía. Algunos enemigos emprendieron la marcha seguidos de cerca por los leales. ¡Qué terrible realidad estaba viendo yo! A ratos me preguntaba si no era que asistía a la exhibición de una película de Richard Dix. Sí, una película terrible, de aterrador realismo, en la cual venía yo a ser como un extra expuesto a peligrosas contingencias. De pronto un avión de caza, tocado evidentemente en algún punto vital, se vino abajo. Lo vimos vomitar una bocanada de humo negro y luego caer verticalmente. Del avión herido se desprendió algo, una partícula blanca, cuya velocidad, vertiginosa en un principio, pareció cesar de pronto. Aquella cosa blanca se elevó unos metros y después empezó a descender. Era un hombre colgado de un paracaídas. Tras los tejados se perdió su silueta. El combate, entre tanto, había perdido intensidad. No quedaban más de diez o doce aviones disputándose la propiedad del cielo de Madrid. A lo lejos huían otros buscando nubes donde meterse. Terminaba el combate, el más real, el más intenso, el más espectacular que nunca hubiera visto, incluyendo los de las películas de Richard Dix. . .

Aquel día ya no volvieron los aviones. Pero había algunos edificios incendiándose. Los periódicos del día siguiente daban cuenta del combate, señalando el hecho de que dos aviones rebeldes, aviones extranjeros, habían caído bajo el empuje de la fuerza leal, a la que popularmente no se llamaba la aviación, sino simplemente "la gloriosa".

A la mañana siguiente debía poner un telegrama e ingenuamente fuí al Palacio de Comunicaciones, en la Plaza de la Cibeles. El hermoso edificio barroco tenía las ventanas negras, negras, como ojos cegados. Las bombas incendiarias lo habían visitado también y no había en él servicio alguno. La puerta estaba defendida por un hacinamiento de sacos de arena. Me asomé al hall. Los milicianos de guardia se defendían del frío junto a una fogata que había encendido sobre el mármol del pavimento, con muebles que iban rompiendo a medida que el fuego reclamaba presas. En esa imagen, rápidamente entrevista, concentro yo mis recuerdos del Madrid que ví antes de dejarlo quizás para siempre. Recordé escenas de películas sobre la revolución rusa. Allí, en esos hombres ateridos de frío por la inmovilidad, destruyendo sillas, estaba condensado todo el invierno infernal de la guerra, todo el sufrimiento del pueblo madrileño, toda la miseria tan virilmente soportada.

Por cierto que no se daba curso sino a los telegramas oficiales. También el edificio del Banco de España, frente al Correo, aparecía bombardeado. Un balcón está roto, medio derribado. A través de las ventanas quemadas, sin cristales, se veían vigas derrumbadas, muros despedazados. Muchos otros edificios de la calle Alcalá habían sufrido también a causa de las bombas incendiarias.

La ruina se prolongaba. En la estación del Mediodía, en la Facultad de Medicina, situada en la calle de Atocha, las bombas habían caído también. El Palacio del Ministerio de Fomento no sólo había sufrido interiormente; la propia fachada presentaba feroces desgarraduras. Junto a él, ví en el pavimento de la calle un hoyo de más de tres metros de diámetro, causado asimismo por la explosión de una bomba aérea.

Pero en fin, ¿a qué seguir? ¿A qué seguir contando esta cadena de destrucción, esta red de incendios y de muerte que caía sobre Madrid desde la comba de su cielo purísimo,

CAPITULO XIV

LA EVACUACION DE MADRID Y VIAJE FINAL

Había terminado ya mi tarea en Madrid. Mi mujer me esperaba en Barcelona. El lunes 23 de Noviembre, a los 18 días de sitio de Madrid, abandoné la capital. No era nada fácil salir, cuando no se disponía de trenes, ni de aviones, ni tampoco de un automóvil cualquiera. Me enteré de que un camión había venido desde Alicante a traer provisiones a la Embajada Argentina y después de una breve gestión, fuí autorizado para ocupar un asiento en él. Digo mal. No era un asiento. Era un sitio, no en el interior de la cabina, que iba ocupada por el conductor y sus dos ayudantes, sino atrás, en el lugar donde viajan las mercancías. Ocurrió además que todo camión que entraba a Madrid era requisado inmediatamente por las autoridades para utilizarlo en la evacuación de las mujeres y los niños. Nada quedaba por hacer, sino decidirse a emprender el viaje rodeado de gentes, desgraciadas gentes que dejaban Madrid sin saber a dónde iban, ni cuanto tiempo iban a estar fuera. Fuimos a buscarlas a un antiguo colegio congregacionista, que había sido habilitado como guardería. Lloviznaba y no había más que una mala lona para cubrirse. Comenzaron a subir: ancianas de setenta años, mujeres con niños de pecho, chiquillos llorosos. Más o menos a medio día abandonamos la capital, para internarnos en la fría Castilla. Ibamos dejando atrás colinas, pequeños pueblos, donde las gente nos saludaba con el puño en alto; camiones como el nuestro, de evacuación; plantaciones. El frío de duros puñales y el viento se clavaban en nuestros cuerpos. Oía tiritar a una niña sentada a mi lado, sobre mi maleta. Su madre me explicó. La casa donde habitaban había sido destrui-

da por una bomba quince días antes y desde entonces se hallaban en el asilo. Las autoridades no podían sino darles una mala comida y tenían hambre. La mujer hablaba y hablaba. Era una madrileña hermosa, de nariz griega, de grandes ojos claros. A veces reía y a veces se le caían las lágrimas. Me pareció notar algunos síntomas de locura en toda su actitud.

—¿Y adónde vamos? ¿A Alicante?

—No, señora, le respondió el chófer.—Vamos a cualquier pueblecillo de por acá...

—¿Y qué vamos a hacer ahí nosotras?

—No lo sé. Los comités dirán...

El chófer bromeaba. En realidad íbamos a Alicante y así lo anunció a las mujeres. Hubo júbilo y gritos.

—¡Bendita sea tu madre, guapo!, le dijo una de las evacuadas.

El otro rió. Le pedí que se detuviera en el primer pueblo para comprar pan. Pudimos conseguir pan, vino, chocolate y algunos dulces. Ni carne ni leche.

Había en el camino un trozo de curvas, subidas y bajadas, y las mujeres comenzaron a palidecer y a experimentar náuseas. Luego vomitaban, apoyadas en la barandilla del camión. El mal se fué generalizando y unos momentos después eran diez o doce mujeres las que arrojaban simultáneamente los alimentos ingeridos.

—¿Qué será de nosotras?, suspiró una viejita.

—¿Le gustaría que terminara la guerra?, le pregunté.

—Sí, pero siempre que terminara bien, que ganáramos nosotros, me respondió.

—¡Eso sí!, saltó otra mujer, joven y animosa.—Yo prefiero seguir sufriendo antes que los moros entren en Madrid. No. No entrarán, no pueden entrar.

Una vez más oí la fórmula mágica "¡no pasarán!", pronunciada enérgicamente por mujeres que todo lo habían perdido y a quienes no esperaba sino un destino de amargura. Por eso cada vez que me preguntan cómo está la moral del pueblo de Madrid respondo que a mi juicio es muy alta, no puede ser más alta. Incluso aquellas des-

graciadas que soportaban conmigo a todo aire, un frío de 0 grados, eran capaces de mostrar una fé inmensa, una fe religiosa, casi inverosímil, en el triunfo del ejército leal.

Después se puso a llover a cántaros. Los chóferes colocaron sobre nosotros la lona, pero como no había sino unas delgadas cuerdas era preciso que fuéramos entre todos sujetándola. Además nos ahogábamos, cuarenta personas bajo la lona, y a petición de las mujeres, la quitaron. El agua empezó entonces a bañarnos, a meterse por nuestros cuellos, por nuestros zapatos. No fué muy larga la lluvia, por fortuna. Pero estábamos calados hasta los huesos, entumecidos, sin poder hacer un movimiento.

Alas 11 de la noche llegamos a Alicante. Las evacuadas fueron conducidas a una fonda. Yo me fuí a un hotel, me bañé, cené y luego me dormí profundamente. Sólo me desperté a las doce del siguiente día.

Alicante fué para mí, que venía del Madrid medio en ruinas, como un sedante para los ojos. ¡Qué dicha de mar en calma, de palmeras, de tierra tibia y maravillosa! Alicante es de esos pueblos que invitan a quedarse, que retienen con su clima, con su dulzura, con su paz. La guerra no parecía haber pasado por allí, por sus calles tan tranquilas, por sus avenidas, por su playa desierta del invierno, por su bahía pacífica. Salí a dar una vuelta en una lancha colectiva. Cerca del puerto un acorazado argentino mostraba su impresionante arquitectura gris.

A la mañana siguiente embarqué para Barcelona. Después de un día entero de viaje, a las dos de la mañana descendí en el Apeadero de Gracia. Barcelona, amenazada de bloqueo y bombardeo, tenía sus luces pintadas de azul. Presentaba un aspecto triste y fantasmal.

Fué el último día del mes de Noviembre cuando embarqué en el tren internacional, con destino a Marsella. Un viaje tranquilo, sin incidentes de ninguna especie. En la Aduana las formalidades de rigor, sin exageraciones. Revisión de las maletas, sello y de nuevo al tren. Cinco minutos después Francia, la tierra de Francia. España se

iba quedando atrás. envuelta en la guerra, y parece que una parte de uno se quedaba también en la España, en la heroica España, que sabe reír en los días claros de jardines y cantos y sabe también sufrir en la hora de prueba, en la hora de amargura y dolor.

CAPITULO XV

ESPAÑA CATOLICA Y ESPAÑA ATEA.—LA CUESTION DE LOS CURAS

Este libro terminaba en la página anterior. Por lo menos mis cuatro meses de vida en la España convulsionada por la guerra terminan ahí. Pero lo dí a leer a un amigo en cuya opinión tengo confianza y éste me dijo:

—Me parece bien. Pero creo que hay puntos que Ud. debió ampliar, que no están bastante claros o que Ud. no trata en su libro.

—¿Cuáles son esos puntos?, le pregunté.—Si desea, expóngamelos en forma de preguntas y yo los aclararé.

Así es como han nacido estos capítulos que seguirán, destinados a responder a interrogaciones que me formula una persona con buen criterio, partidaria de la justicia, o sea de la causa del Gobierno español, pero que no ha vivido, como yo, tres años con una pensión de la República Española, en una ciudad tan generosa y noble como Madrid, entre gentes de corazón tan claro y limpio como son mis amigos españoles, muchos de los cuales se hallan hoy sufriendo la dura vida de los frentes de batalla en defensa de sus libertades.

En este amigo que me ha hecho las preguntas que el lector verá, sitúo yo a una gran masa de personas que no tiene de la guerra otra información que las que publican las páginas cablegráficas de los periódicos. Debo suponer, pues, que es una gran masa de gente la que me está interrogando y que mi deber es aclararle, como mejor pueda, sus dudas.

La primera pregunta, tal como fué formulada, decía así:

—Es verdad que el pueblo español ha aprovechado esta revolución para acabar con la religión católica y con los curas?

—La Iglesia católica, le he respondido,—era una de las instituciones de más poder en España, desde tiempos inmemoriales. España ha sido, en distintas épocas, directora e impulsadora de la acción de la Iglesia. De España salió la creación de la Inquisición, en la España de Felipe II surgió el movimiento de la Contra-reforma. Yo me explico todo esto, por el carácter español. Decir que el español es un ser pasional y puro es repetir algo que se ha establecido ya, en el estudio de las nacionalidades. El español ha sido la mejor levadura que el catolicismo necesitaba, por su espíritu incontaminado, por su profunda fe en las cosas, por su disponibilidad para entregarse de lleno a lo que signifique para él una causa digna, un buen ejército donde enrolarse. Con la misma fé que en siglos precedentes se entregaba al Cristianismo hoy se entrega a las doctrinas sociales que más se le aproximan, las de tipo socialista. Siempre dándose íntegro, sin restricciones, sin reticencia alguna, volcando en ellas toda su fé, toda su apasionada y religiosa decisión.

Así se explica el predominio del catolicismo en España, durante muchos siglos. Pero la verdad es que los fenómenos económicos obligaron a la Iglesia como a todas las instituciones, a definirse en un sentido o en otro y la Iglesia cometió el error fundamental, que está comenzando a pagar, de elegir el partido de los ricos en vez del partido de los pobres, como lo establecía la doctrina cristiana. Ha sido su gran paso en falso de todos los siglos. Si la Iglesia, en un momento dado, con su poder material y espiritual se pone de la parte que prefería Cristo, hoy tendría el control de amplias masas humanas que ahora se han desentendido de ella; más aún, que están frente a ella.

En los últimos tiempos, la Iglesia española se había entregado a una labor política descarada, en ciudades y

principalmente en campos. Antirrepublicana, monárquica siempre, el nacimiento de la República en 1931 fué para ella un duro golpe. Los párrocos arreciaron, redoblaron su esfuerzo batallador. Refería un gran escultor español, Alberto, que siempre ha vivido en el campo castellano, trabajando la piedra, que un domingo entró en una pequeña iglesia que estaba llena de mujeres, pero donde había escasos hombres. El cura pronunciaba un sermón de carácter político:

—Hay muchas mujeres en el templo, decía,—pero no hay hombres. ¡Son hombres los que hacen falta en el templo, hombres, hombres! Mientras no haya hombres en el templo, el templo no estará lleno, por más que rebalse de mujeres. ¿Por qué no vienen los hombres al templo? ¿Por qué no los traéis, hermanas mías? El hombre lejos del templo está expuesto a todas las tentaciones y a todos los malos caminos. Vosotras, hermanas mías, que tenéis maridos, padres, hermanos, hijos, pensad que lejos del templo pueden seguir los caminos de la concupiscencia y la lujuria, pueden llegar a todo, a ser ladrones, a ser bandidos. Pueden llegar hasta a ser republicanos, hermanas mías. . .

Con la República, la Iglesia parece perder momentáneamente su poder; pero, errores políticos fundamentales, como la concesión del voto a la mujer, llevan a las derechas españoles, en 1933, al Gobierno y la Iglesia vuelve por sus fueros. Se le entregan los bienes que le habían sido confiscados, las congregaciones expulsadas asoman de nuevo sus cabezas y todo vuelve a quedar como antes. Naturalmente para ello ha sido necesario una especie de esfuerzo supremo. La Iglesia se lo juega todo en la ayuda que presta a Gil Robles y los suyos para alcanzar la mayoría en las Cortes. Las monjas son llevadas en rebaño a votar y el pueblo español se pregunta entonces:

—¡Pero en qué quedamos, vaya! Estas señoras, ¿son enclaustradas o no lo son? ¿Están consagradas al servicio de Dios o no lo están? ¿Han renunciado al mundo o no lo han hecho? Si han renunciado, ¿cómo es entonces que están aquí, votando por las derechas, como una manada de corderos?

Monjas de todas las órdenes, hasta de las más esotéricas, van a luchar en las urnas por el triunfo de las derechas.

Al comenzar la revolución no hay ninguna duda acerca del partido en qué se ha puesto la Iglesia española. El pueblo comprende instintivamente que no es su amiga, sino su enemiga. En los templos se emboscan los falangistas a disparar y las masas queman los templos. Los curas empuñan también las armas y las masas matan a los curas. De un día para otro termina en Madrid todo servicio religioso católico. Algunas pequeñísimas iglesias metodistas, instaladas en modestas piezas, siguen funcionando. Pero, en general, una ola atea se extiende por la capital. Con la misma fuerza fervorosa que antaño ha tenido la gente para defender la iglesia, hoy la ataca. No se vuelve a ver una sotana por las calles. Se extreman las cosas hasta un punto tan ingenuo que ya ni siquiera se puede saludar, como antes, con el clásico "Adios", tan español. Ahora se dice "¡Salud!". Los anarquistas, como siempre, exageran las cosas, extreman la nota. Una noche, por ejemplo, caminaba, por una calle oscura, el escritor católico José Bergamín y fué detenido por dos anarquistas armados.

—¿Tienes tus documentos, compañero?

Bergamín los enseñó.

—¿Cómo! ¿Te llamas Bergamín?

—Sí.

—¿Eres pariente del Ministro de la Monarquía?

(No iba a negar a mi padre, refiere Bergamín).

—Sí, —contestó.—Era mi padre.

—¿De modo que era tu padre, eh? Bien, qué culpa tienes tú... Vete...

—¡Adios!, tuvo la mala ocurrencia de decir.

—¡Eso si que no!, saltó un anarquista.—Podrás ser hijo de un ministro de la burguesía, pero no tienes derecho a decir eso. ¿Entendido?

Así, con esa ingenuidad. Un tiempo nuevo, piensan en España, exige fórmulas nuevas, aunque sea en los saludos y en otros hechos exteriores. Por eso se dice "¡Salud!", por eso se levanta el puño, con un afán

de olvidar hasta las fórmulas familiares burguesas...

La adhesión de la iglesia al movimiento rebelde no ha sido escatimada, sino entregada a los generales con una especie de apresurada alegría. En los campos, junto a los moros, combaten los curas trabucaires, que mentalmente son llamados por aquellos "perros cristianos". Los obispos bendicen los cañones y los aviones cuyas bombas causan tantas víctimas entre los niños que llamaba Jesús. Ha habido matanzas colectivas, como la de Badajoz, presididas por dignatarios de la Iglesia. La reacción popular obedece entonces a causas reales y no ficticias.

Debo decir, sin embargo, que ultimamente se estaba atenuando en Madrid este odio contra las gentes de iglesia. Dolores Ibarruri, "Pasionaria", cuentan que sacó unas monjas que tenían prisioneras las milicias, las instaló en un asilo de mujeres e hizo que les devolvieran sus rosarios y devocionarios.

En el país vasco, en cambio, la actitud del clero católico ha sido completamente distinta. Muy escasos fueron los que adhirieron al movimiento rebelde. Los otros, por el contrario, se manifestaron francamente partidarios del pueblo, es decir de sus feligreses. No faltaron algunos que animaron a los campesinos a tomar las armas en defensa de la República y que marcharon a la cabeza de ellos a combatir en los frentes. La diferencia es clara: en Madrid no hay curas ni iglesias funcionando. En Vasconia no hay iglesias cerradas, todas continúan trabajando como de costumbre y los sacerdotes gozan del respeto popular.

—¿En otros pueblos por donde usted ha pasado, —me pregunta mi interlocutor— ¿funcionan las iglesias?

—Me imagino que no. En el viaje que hice de Madrid a Valencia, la mayor parte de las iglesias pueblerinas que ví ostentaban en el campanario una bandera roja.

—Y si gana el Gobierno la guerra, ¿cree usted que en Madrid y en España en general la iglesia tendrá alguna probabilidad de subsistir?

—Me parece que sí, respondo.—Pero una iglesia renovada, proletarizada, sin ningún papel político, sin ninguna preponderancia económica. No creo yo, como dijo Azaña, que España haya dejado de ser católica. La Iglesia estaba demasiado arraigada, sobre todo entre las mujeres, para que pueda ser extirpada definitivamente. Se le relegará a su misión propia, a la que le corresponde. En España sonaba demasiado, en la vida cotidiana, la palabra de Dios, para que pueda ser arrancada en definitiva. El propio Azaña, a quien fui a ver una vez, se despidió de mí diciéndome:

—Vaya usted con Dios...

Fórmula muy española, ciertamente.

La Iglesia se modificará, se despaganizará, abandonará toda tarea política, toda idea de predominio económico.

—¿Por qué dice usted que se “despaganizará”?— me interroga mi interlocutor.—¿Acaso tenía algo de pagana?

—Mucho. El regionalismo adoptaba santos y vírgenes propios, como quien dice para su uso exclusivo. Acuérdesese de la Virgen del Pilar, que sólo existe para Aragón. Aparte de los baturros nadie se preocupa de la Pilarica. La Macarena es una virgen netamente andaluza. El pueblo, en las fiestas religiosas, le dice piropos a sus santos favoritos o los amenaza en caso de que no le cumplan tal o cual petición.

Piense usted en la Semana Santa de Sevilla, mundialmente conocida. Si usted ha visto en el cine aspectos de esa fiesta llegará a la conclusión de que se trata de algo absolutamente pagano y espectacular. El desfile de las congregaciones con trajes misteriosos, kukulkanescos; las andas con los santos, que son detenidos de vez en cuando porque alguien quiere cantarles una saeta; los adornos con que se recubren las imágenes... Todo ello es pagano. Cuando pasa un anda llevando la Macarena, los sevillanos le dicen: “Adiós, guapa”, o “Hola, resalá”, igual que se le dice a una mujer bonita... ¿Cree usted que eso sea fé católica o simplemente paganismo?

El propio carácter de espectáculo de la Semana Santa en Sevilla lleva a estas fiestas a miles de turistas de España y del extranjero, cada año. Sevilla se enciende; no hay sólo procesiones religiosas; hay verbenas, fiestas callejeras, donde corre la manzanilla, donde se desata el baile y el cante. Mucho dinero queda en Sevilla cada año. . . ¿Cree usted que todo esto es fé religiosa, que todas estas flamenquerías no son paganismo, paganismo puro?

CAPITULO XVI

PREGUNTAS Y RESPUESTAS FINALES SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

—No habla usted en su libro del tesoro artístico destruído . . .

—En España el tesoro artístico es inmenso y está disperso por todas partes. Donde caiga una bomba de avión hay el peligro de que algo se destruya. Toledo, ciudad casi totalmente monumental, me parece que ha perdido mucho . . . El Alcázar, propiamente, no era de las maravillas más grandes, pero su destrucción es lastimosa. La táctica rebelde ha tendido a abusar de la intangibilidad de los monumentos artísticos. Aparte del Alcázar de Toledo, los rebeldes se han atrincherado en el de Segovia, en la Giralda de Sevilla, en la Alhambra de Granada y en muchas otras obras maestras de la arquitectura española. Naturalmente el Gobierno y un Gobierno en el que no faltaban los escritores y los intelectuales (Azaña, Alvarez del Vayo, etc.), no podía, así como así, ordenar su destrucción. A los militares sitiados en el Alcázar se les instó de diversas formas a salir, para evitar su destrucción. No lo quisieron.

El Gobierno, de acuerdo con la Alianza de Intelectuales, ha puesto en sitio seguro muchos cuadros, esculturas y joyas artísticas, de Toledo, Madrid, El Escorial. Pero el peligro de la destrucción no ha pasado, ni mucho menos. Sentía yo verdadero espanto cada vez que caía una bomba cerca del Museo del Prado. Y créame que han caído muchas, bordeándolo. Parece ser que no es muy fácil alcanzar desde un avión el objetivo, exactamente. Ahora bien, los ataques aéreos contra la Estación del Mediodía, el Ministerio de Fomento, el Correo,

etc., han estado a punto de ocasionar daños en el Museo del Prado. Los cuadros más famosos, los Goya, los Greco, los Rubens, los Velásquez, los Zurbaranes, etc., están acondicionados supongo que en los sótanos. Pero ¡ay! no es el Museo del Prado un edificio construído contra los ataques aéreos y cualquier día...

Ha habido iglesias magníficas destruídas por las bombas rebeldes. El Palacio de Liria, perteneciente al Duque de Alba, quedó reducido a escombros, con todas las maravillas artísticas que encerraba... Ultimamente el Gobierno denunció el hecho de que los defensores de la cultura habían dejado caer ocho bombas incendiarias sobre la Biblioteca Nacional. ¿Dónde van a recuperarse, si se quentan, los manuscritos de Gonzalo de Berceo, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de Fray Luis de León, de Quevedo, de Lope de Vega, de D. Luis de Góngora, de Calderón de la Barca? ¿Dónde van a hallarse otros ejemplares de las primeras ediciones de los escritores clásicos?

Hasta ahora no hay casos de tesoros artísticos destruídos por los partidarios del Gobierno. Los hay ¡y cuántos! de obras despedazadas por las bombas de los pilotos enemigos. La verdad, ¿qué puede importarle un cuadro de Goya a un aviador alemán o italiano?

—Otro punto que usted no amplía,—me dice mi interlocutor,— es el de la acción de los ministros comunistas. Repare usted en que son los primeros ministros comunistas en el mundo, dentro de un régimen no comunista.

—Es verdad. Pero debe usted tomar en cuenta que estos ministros no pueden ejercer una acción apreciable, como sería viable en una época normal. El Gobierno de Largo Caballero es un Gobierno de guerra, con un fin y un destino únicos: ganar la guerra. Así y todo, Vicente Uribe, el joven Ministro de Agricultura ha dictado leyes que entregan la tierra a los campesinos, cuando estos las vienen trabajando desde muchos años. Hernández, Ministro de Instrucción Pública, ha creado escuelas en las trincheras mismas, para la educación del soldado en los momentos que la guerra le deja libres.

Imagínese usted que su primer decreto fué para designar a don Ramón Menéndez Pidal, hombre alejado totalmente de la política y no simpatizante tal vez con el movimiento proletario, en un cargo equivalente a jefe supremo de la cultura española ¿Por qué? Sencillamente porque es el intelectual más apto para desempeñarlo. A Picasso, gloria de la pintura contemporánea, se le nombró director del Museo del Prado. Una medida que le dará idea del valor que este joven político atribuye a las figuras literarias e intelectuales, fué la de hacer salir de Madrid hacia un lugar donde sus vidas estuvieran seguras, a Menéndez Pidal y Antonio Machado, el más grande poeta de la lengua española. Todo ello, mientras los facciosos fusilaban a Federico García Lorca. Las circunstancias de la guerra seguramente no le han permitido realizar una acción más intensa. Se ha hecho también mucha propaganda, con películas y affiches. Todos los trenes que circulan actualmente por España van pintados con figuras y letreros de propaganda. Como pasan por los campos, esta propaganda va destinada de preferencia a los campesinos...

—Deseo hacerle otras preguntas sueltas, sobre materias poco explicadas o no tratadas en su libro. ¿Qué papel han tenido las mujeres en la guerra?

—En un principio se enrolaban en las filas por centenares. Hubo algunas que murieron combatiendo, como la joven dirigente comunista Lina Odena, cuyo nombre ostentan ahora varias calles de España. Muchas muchachas lo abandonaron todo para irse a los frentes. Pero personalmente no creo yo en la eficacia guerrera de la mujer. En la retaguardia, su papel ha sido muy interesante. Las obreras se aumentaron voluntariamente el número de horas en el trabajo, con el mismo salario, para rendir la producción que la guerra exigía. Ha habido centenares de talleres donde las madrileñas trabajaban gratuitamente en la confección de ropas para los soldados. Su papel psicológico, como animadoras de sus maridos o hermanos, o padres, ha sido asimismo de gran importancia.

—¿Han intervenido chilenos en la guerra civil española?

Por el lado de los rebeldes no lo sé. Por el de los leales sí, pero en muy escaso número. Cinco o seis que se enrolaron como milicianos voluntarios. Dos de ellos, jóvenes de veinte años, murieron combatiendo.

—No ha hablado usted del heroísmo de los rebeldes. Ha habido casos, como el de los sitiados en el Alcázar de Toledo, en que se demostraron realmente heroicos.

—Claro que ha habido casos. Personalmente creo que no está entre esos el de los sitiados en el Alcázar de Toledo. Estos tenían tres caminos que seguir: primero, el de entregarse, segundo, el de salir a combatir y tercero el de esperar. Si se entregaban morían. Si salían a combatir morían también. Si esperaban, desfalleciendo de hambre y angustia, la ayuda que bien podía llegar, tenían una probabilidad de salvarse. Eligieron este camino, que posiblemente es el más inteligente, pero no el más heroico. El heroísmo es otra cosa, no consiste en esperar. El hecho de guardar en el Alcázar a las mujeres y a los niños y no querer entregarlos, con las garantías que ofrecía el Cuerpo Diplomático extranjero, quita todo brillo a la acción de los sitiados. A mi juicio no son héroes.

He hablado de actos heroicos de carácter individual realizados por los milicianos. Ha habido rebeldes que también los hicieron. Por ejemplo, tres falangistas sitiados en una iglesia de Madrid, cuando no podían ya resistir el asedio, abrieron las puertas y salieron haciendo el saludo fascista. Cayeron muertos allí mismos. Me refirieron el caso de un rebelde a quien se llevaba a fusilar en un automóvil, custodiado por cuatro milicianos.

—¡Moriré yo, dijo aquél.—Pero moriremos todos!

Y al pasar frente a un cuartel de milicias, asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Muera la República! ¡Viva el fascismo!

Una lluvia de balas dió cuenta de él y de sus acompañantes.

Estas acciones me parecen a mi más respetables que

las de los sitiados en el Alcázar de Toledo. Revelan fortaleza, bravura, presencia de ánimo, convicción.

—Si triunfan los rebeldes, ¿tienen probabilidades de mantenerse en el poder?

—No lo sé. Supongo que habrá una dictadura de las más tiránicas. Creo también que, si llegaran a triunfar, tendrían que hacer una obra de exterminio tremenda contra las masas populares, que empezaban a amar el sabor de la libertad y a las ventajas económicas del poder. Es muy difícil hablar de estas cosas. No soy vidente pero conociendo un poco al pueblo español, creo que este tardaría algunos años en rehacer sus filas, pero las reharía para emprender de nuevo la lucha por su liberación.

Recuerde usted el desastre por la revolución de octubre: las cárceles llenas totalmente de hombres, las filas obreras diezmadas por la metralla, los partidos proletarios deshechos por la represión policial, las organizaciones sindicales puestas fuera de la ley... Cualquiera habría creído que después de ese golpe el pueblo español no se reharía ni en diez años. Y ya ve usted como antes de los dos estaba triunfante, en el poder legítimamente conquistado. Es un pueblo con una vitalidad social sencillamente maravillosa.

—Y, finalmente, me dice mi interlocutor, ¿cree usted que el Gobierno español está dispuesto a llegar en esta lucha hasta el fin, hasta un punto que pudiéramos considerar como el fin, en el triunfo o en la derrota?..

—A mi juicio, he respondido, no cabe ninguna duda. Desde luego este Gobierno, el de D. Francisco Largo Caballero, es una representación genuina de las masas populares españoles y éstas han encontrado en sus canciones revolucionarias una expresión lírica de su pensamiento:

“Es la lucha final que comienza”

dice un himno que cantan los jóvenes españoles y en esa lucha final están dispuestos a todo. Sobre el valor personal de los gobernantes es ridículo hacer comentarios. Son gentes que desde muchachos han intervenido en la lucha social, sufriendo

también desde jóvenes todo el cortejo de persecuciones que la batalla arrastra. Largo Caballero y Prieto, por ejemplo, han estado presos muchos años de su vida y sufrido condenas por su intervención en diversos movimientos revolucionarios del pueblo español. Han estado en las cárceles, en el destierro voluntario o forzoso, han estado hasta condenados a muerte. ¿Quién puede dudar entonces de su calidad batalladora? ¿Quién podría alegar que carecen de valor personal para llegar hasta el fin? Sé que no han faltado en el mundo pazguatos que han creído ver una falta de valor en el traslado del Gobierno desde Madrid a Valencia. Es una tontería. Lo que es táctica política no debe confundirse con la cobardía.

—¿De modo que usted cree que lucharán hasta el fin junto al pueblo?

—Lo creo. Lo creo, compañero y lo espero, así como espero también que no caiga España en manos de los defensores de la civilización que matan mujeres y niños indefensos y que han destruído Madrid, que era ya mi Madrid. ¡Supiera usted como lo espero, con qué fervor, con qué cálida ansiedad!

INDICE

	<u>Pág.</u>
Prólogo escrito en el mar	5
Capítulo I.—Madrid el 18 de Julio.—El Cuartel de la Montaña	7
Capítulo II.—Los primeros días de guerra civil. Las milicias de la República	15
Capítulo III.—El período de las incautaciones	25
Capítulo IV.—Los primeros bombardeos.—Actos de los defensores de la civilización	31
Capítulo V.—Los proletarios en el poder.—El orden de cosas.—Los nuevos extranjeros	39
Capítulo VI.—Los intelectuales del mundo en torno del Gobierno español.—La A. de I. A.	47
Capítulo VII.—Un crimen contra la cultura: la muerte de Federico García Lorca	55
Capítulo VIII.—En donde no ha pasado la guerra	61
Capítulo IX.—Registro domiciliario.—La escasez en Madrid	67
Capítulo X.—La muerte en las calles	75
Capítulo XI.—Sitio de Madrid.—Viaje a Valencia y Barcelona.—Donde dominan los anarquistas	81

Capítulo XII.—Regreso a Madrid.—Bombardeo en Tarancón	91
Capítulo XIII.—Desolación en Madrid.—Espectacular combate aéreo	97
Capítulo XIV.—La evacuación de Madrid y viaje final	103
Capítulo XV.—España católica y España atea.—La cuestión de los curas	107
Capítulo XVI.—Preguntas y respuestas finales sobre la guerra civil española	115

EDITORIAL PANORAMA

PRECIO: \$ 8.00